

La Novela Corta
nº 139, 30 de agosto de 1918

LA HORDA

Original de
BLASCO IBÁÑEZ

*Adaptada expresamente a las dimensiones de esta revista, con especial permiso, por la ilustre escritora
Carmen de Burgos (Colombine)*

I

A las tres de la madrugada comenzaron a llegar los primeros carros de la sierra al fielato de los Cuatro Caminos.

Chirriaron varias puertas. Una churrería exhaló el punzante hedor del aceite frito. En las tabernas, los mozos soñolientos alineaban en una mesa, junto a la entrada, la batería del envenenamiento matinal: frascos cuadrados de aguardiente con hierbas y cachos de limón.

Acababa de abrirse el fielato y los carreteros se agolpaban en torno de la báscula. Los cántaros de estaño brillaban en largas filas bajo el sombraje de la entrada. Discutían a gritos por el turno.

Todos mostraban gran prisa por que les diesen entrada, azorando con sus peticiones al de la báscula y a los otros empleados que, envueltos en sus capas, escribían a la luz de un quinqué.

Así como avanzaba el día era más grande la afluencia de carros y cabalgaduras en la glorieta de los Cuatro Caminos. Llegaban de Fuencarral, de Alcobendas o de Colmenar, con víveres frescos para los mercados de la villa.

La invasión de los traperos hacía más densa al avanzar el día. Sus ligeros carros, en forma de cajón, eran de un azul rabioso con un óvalo encarnado, en el que se consignaba el nombre del dueño. Venían de Bellasvistas y de Tetuán, de los barrios llamados de la Almenara, de Frajana y las Carolinas.

Pasaban jinetes y carros, como una horda prehistórica que huyese llevando a la espalda el hambre, y delante, como guía, el anhelo de vivir.

Una turba de peatones invadió el camino. Eran los vecinos de la barriada, obreros que marchaban hacia Madrid.

El jefe del fielato, que libre ya de las ocupaciones matinales, seguía desde la puerta el paso de los trabajadores, llamó a un joven que venía de Madrid y le invitó a fumar un cigarro.

—¿Qué hay de política, amigo Maltrana? ¿Cuándo viene la nuestra? ¿Es verdad que el gobierno está al caer?

El llamado Maltrana hizo un gesto de indiferencia. Era un joven de escasa estatura, pobremente vestido. Su sombrero, de cinta mugrienta, echado atrás, dejaba al descubierto una frente abombada, que parecía abrumar con su peso la parte baja del rostro, de un moreno verdoso. Los ojos de corte oblicuo y el bigote ralo de desmayados pelos daban a su cara una expresión asiática; pero el brillo de las pupilas, revelador de una inteligencia despierta.

Toda su persona denunciaba la miseria de una juventud que lucha desorientada, sin encontrar el camino. Sus botas mostraban los tacones rotos y el cuero resquebrajado bajo los roídos bordes del pantalón.

Con el deseo de agradar a aquel buen amigo, que le trataba con cierto respeto por escribir en los papeles públicos, hizo un esfuerzo y contestó:

—Sí; creo que el gobierno va a caer. Algo he oído de eso en la redacción.

—Lo mismo creo yo.

Y tras esta afirmación enérgica, que rebosaba fe, el empleado miró con cierta envidia a aquel joven de mísera facha.

Todas las mañanas veía a Maltrana, al volver este de la redacción. El pobre joven, para dormir, tenía que esperar a que su padrastro y su hermano menor abandonasen un mísero cuartucho de la calle de los Artistas, y una vez en él, se tendía sobre el camastro único, todavía caliente, con la huella de los cuerpos del viejo albañil y su aprendiz. Dormía hasta bien entrada la tarde, y casi a la hora en que regresaba a los Cuatro Caminos el rebaño de trabajadores, volvía él a Madrid, a emprender su vida dura de pájaro indefenso, falto de pico y de garras, que revolotea en un bosque de hojas impresas, sin más alimento que las escasas migajas olvidadas por otros.

Aprovechaba la luz de la redacción, el papel y la tinta para traducir libros cuyo destino desconocía. Proporcionábanle este trabajo ciertos amigos que a su vez habían recibido el encargo de los traductores que firmaban la obra. La retribución llegaba a él con tal merma, que el pobre Maltrana, tras ocho horas de fatigoso plumear, pensaba con envidia en los siete reales que su hermano Pepín, más conocido por el Barrabás, ganaba como aprendiz de albañil.

Cada mes le colgaban un nuevo apodo los muchachos de la redacción, abominando de su cultura, que les *cargaba*, y afirmando que, con toda su sabiduría, era incapaz de escribir la crónica de un suceso o pergeñar un crimen interesante. Primero le habían apodado Schopenhauer, por la frecuencia con que citaba a su filósofo favorito; después, Nietzsche; y una noche que Maltrana, aislado de la realidad, osó recitar en griego algunas docenas de versos de la *Ilíada*, acordaron todos llamarle Homero para siempre.

El buen Homero aceptaba agradecido los cigarrillos de don Cristóbal, el cual le admiraba como sabio, aunque reconociendo que no servía ni para ordenanza de la redacción. Fumando entretenía la espera angustiada de las primeras horas de la madrugada, el momento de las larguezas del propietario. El buen señor, al sentir ciertos desfallecimientos del estómago, incluía generosamente en su necesidad a todos los muchachos. Unas veces era carnero con judías; otras, una cazuela enorme de bacalao con patatas, que a Maltrana le parecía esplendorosa como un astro entre las nubes de periódicos que llenaban la mesa y bajo la fría luz de las bombillas eléctricas.

Solo entonces hablaba Homero de política, compartiendo las ilusiones y esperanzas de los demás. Vendría la deseada... lo *nuestro*, y entonces, o no había justicia ni vergüenza, o don Cristóbal sería ministro del primer gobierno que se formase.

Y el buen Homero describía, entre las risas de los compañeros, su entrada en la Biblioteca Nacional el día siguiente de la revolución, seguido de un piquete de ciudadanos. ¡A formar todo el personal! Los bibliotecarios, que le conocían por haber sostenido con él más de un altercado, esperaban su sentencia trémulos de miedo. Ahora pagarían sus embustes, siempre que se les pedía un libro moderno; el negar su existencia o el afirmar que lo tenía otro lector entre manos; aquel deseo de que no se leyese más que obras rancias. Sin salir del edificio, se daba una vueltecita por los salones del Arte Moderno, y entraba a saco en este hospital de monstruos, horrendo almacén de fealdades y ñoñerías históricas. Salvo raras excepciones, todos los cuadros eran arrojados por las ventanas, formándose con ellos una gran hoguera.

Y tras estas reformas insignificantes, Homero tomaba asiento en su sillón de dictador, acometiendo la gran reforma: el examen general de todos los maestros de escuela; la revisión de la mentalidad de todos los catedráticos, pero de un modo implacable, sin entrañas, como pudiera juzgar un inquisidor. Profesores de universidad descendían a ser maestros de aldea; la gran mayoría de los preceptores rústicos recibían la cesantía y un pedazo de tierra inculta, para que la arasen, dando así natural expansión a sus verdaderas facultades. El más humilde maestro tendría mayor sueldo que un canónigo...

Así hablaba Homero entre las risas de sus camaradas, dejando modestamente a los grandes hombres de la *idea* que arreglasen otros problemas: el del estómago y el de la conciencia. Él, a lo suyo, a pulir la inteligencia nacional.

El terrible dictador, al salir a la calle poco antes de amanecer, caía de golpe en la realidad. El frío, colándose bajo el sutil macferlán, hacía temblar al fusilador de bibliotecarios e implacable destructor de museos.

Aquella mañana era de las más alegres para el joven. Tenía dinero: la noche anterior había cobrado trece duros de una traducción, sintiendo con cierto deleite el peso de puñado de plata junto a su estómago, que aún conservaba el calor y el bienestar del buen trato reciente.

El buen amigo del fielato, que todas las madrugadas le ofrecía un cigarro y una parte de su café, atrajo igualmente su generosidad. Quería obsequiarle, hacerle partícipe de su opulencia, y casi a la fuerza le llevó al ventorrillo, detrás del fielato. Tomaría una taza de té, una copa, lo que fuese de su gusto, hora era que admitiese algo de él.

Dos jóvenes pasaron junto al fielato, cogidas del brazo, con el embozo del mantón ante la boca. Tenían la belleza de la obrera: la frescura de esa breve juventud de las hembras de trabajo que triunfa, solo momentáneamente, de la anemia hereditaria, de las privaciones que dificultan el desarrollo.

Maltrana fijó sus ojos en la más pequeña, una morena, de rostro pálido y grandes ojos de un negro intenso, casi azulado, igual al de sus cabellos. El busto endeble erguía con una arrogancia natural dentro del mantón; sus pobres faldas de verano se movían con cierto ritmo majestuoso, sin tocar el barro, en torno de los pies pequeños, cuidadosamente calzados, que revelaban ser la parte más atendida de su persona.

Las dos pasaron adelante sonriendo, sin contestar a los saludos más que con movimientos de cabeza. La pequeña habló al alejarse.

—Adiós, Isidro —dijo con voz grave, al mismo tiempo que se enrojecían sus mejillas.

—Adiós, Feliciano —contestó el joven.

El jefe del fielato habló de las dos muchachas. Las veía pasar todas las mañanas a la misma hora: trabajaban en una fábrica de gorras de la calle de Bravo Murillo. Feliciano era la hija del Mosco, el famoso cazador de Tetuán.

Mosco era un hombre. Quitaba el sueño a toda la gente del Real Patrimonio. Coleta lo sabía de buena tinta: el administrador de El Pardo se desesperaba por no haber podido atrapar al Mosco, y los guardas, apenas cerraba la noche, preguntábanse por qué lado del bosque trabajaría aquel bandido.

II

Al recordar Isidro Maltrana su pasado deteníase en los años de su infancia, transcurridos en el Hospicio.

El recuerdo más remoto era el de un patio de casa de vecindad, que a él, en su pequeñez, le parecía inmenso.

Se contemplaba andando a gatas por un corredor interminable, ante una fila de puertas numeradas con esa uniformidad que luego había visto en cuarteles y presidios. Muchas mujeres, ante las puertas, cosían y charlaban.

A mediodía la madre de Maltrana le tomaba en uno de sus brazos, y pasando el otro por el asa de la cesta, iba en busca de su marido, el albañil. Comían en las aceras de las calles estrechas y pendientes, junto al pavimento de agudos guijarros; otras veces en plena Castellana, a la sombra de un árbol.

Un día, el pequeño vio salir a su madre, desmelenada y vociferando, seguida de otras mujeres no menos trastornadas.

Su padre había muerto tras una agonía horrible, magullado y deshecho por la caída desde un alero, y la madre tuvo que buscar trabajo en casas extrañas, servir como asistenta y volver de noche a su tugurio con sobras de comida en la cesta, que servían para alimentar al pequeño.

Entonces fue cuando Maltrana entró en el Hospicio. Una señora, en cuya casa trabajaba la madre, se apiado del huérfano del albañil.

Y comenzó para Maltrana la vida de asilado: una existencia de sumisión, de disciplina, endulzada por el estudio y por los goces que le proporcionaba su superioridad sobre los compañeros. Los maestros mostraron por él gran predilección. Cuando algún personaje visitaba el establecimiento, Maltrana salía de filas para ser presentado como el mejor producto de la institución.

Así transcurrieron los años, amoldándose Isidro de tal modo a su nueva existencia, que solo en los días de paseo se acordaba de que tenía una familia fuera del Hospicio.

Isidro encontraba a su madre al volver al Hospicio en los días de paseo. Abalanzábase con las otras mujeres, rompiendo las filas de asilados, y le abrazaba llorando. La Isidra conocía los progresos de su hijo.

—La señora está muy contenta... Los maestros la hablan mucho de ti. Aplícate, hijo mío; ¿quién sabe a lo que podrás llegar?

Un día, la madre no le esperó sola. Iba con ella un hombre de blusa blanca, un albañil al que recordaba Isidro como vecino y camarada de su padre.

Quedose ante el asilado sin saber qué decir, y al fin le acarició la nuca:

—Que sigas siendo bueno —dijo con voz fosca y lenta—. Que no disgustes a tu pobre madre.

Y el muchacho se habituó a ver todos los domingos al señor José, como si fuese de su familia.

Un día se presentó solo el albañil, y antes de que el muchacho entrase en el Hospicio, le explicó la ausencia de su madre. La Isidra estaba enferma.

Isidro la volvió a ver más flaca y amarillenta, llevando al brazo un envoltorio de ropas, por entre las cuales salía un llanto desesperado y unas manecitas crispadas por la rabia.

—Mírale, Isidro... Es Pepín: es tu hermano. Bésalo, hijo mío.

Maltrana besó aquel hermano inesperado que de repente surgía en su familia: vio en el lío de ropas mojadas y malolientes una cabeza enorme sobre un cuello delgado; un cuerpecillo que anunciaba una fealdad igual a la suya.

La pobre mujer, en su soledad, se había sentido atraída por el *vecino* infeliz, solitario como ella. Las dos desgracias se habían juntado.

En las grandes fiestas del año, el muchacho salía del Hospicio, para pasar el día en casa de su protectora. Isidra refugiábase en la cocina con las criadas, trémula de emoción, a ver a su hijo en el comedor, sentado junto a la señora y hablando con los amigos de esta, todos personajes de gravedad.

La señora mostrábase satisfecha de su protegido.

Viéndole tan sabio, quiso costearle la carrera y Maltrana comenzó a estudiar el bachillerato sin salir del Hospicio.

—Se bebe los libros —decía la Isidra—. Yo no sé de dónde he sacado a este fenómeno.

Cuando terminó el bachillerato, la señora se lo llevó a su casa. No podía seguir en el hospicio, y era indigno de un futuro sabio, de un señorito, vivir en la casucha de su madre. Isidro comenzó a seguir en la Universidad Central los cursos de Filosofía y Letras. Quería ser doctor, luego catedrático y después... ¡quién sabe a lo que podría llegar después!...

La señora admiraba la pureza de sus costumbres tanto como sus estudios.

Después, al volver a casa, se encerraba en su cuarto, lleno de libros. La protectora apreciaba la marcha de su sabiduría por la cantidad de volúmenes que le rodeaban.

—Isidrn, hijo mío. Te vas a matar estudiando tanto... Acompáname.

Se lo llevaba a misa o a la novena, a los templos donde se anunciaban sermones de predicadores de cartel.

Los parientes de la anciana huían de su casa, ofendidos por el maternal afecto con que distinguía al estudiante.

—Tú vas a llevarte el *gato*..., ladrón —parecían decirle con los ojos.

Y al mismo tiempo le sonreían y celebraban con palabras dulzonas sus progresos universitarios, como si temieran malquistarse con él.

Un día, al volver de la Universidad, el joven encontró la casa en plena revolución. La señora había caído al suelo de repente, herida por el rayo de la congestión, y al día siguiente murió. La familia trató a Maltrana con cierta benevolencia, haciéndole partícipe de sus acuerdos para el entierro. Todos ignoraban la

voluntad de la muerta. Respetaban a Maltrana, temiendo que a última hora resultase el amo de todo.

Pero transcurrieron dos semanas sin que apareciesen indicios de testamento, un simple papel que revelase la voluntad de la muerta.

La actitud de la familia cambió de pronto. Maltrana permaneció en su cuarto sin que le llamasen. Los parientes registraban e inventariaban por su propia cuenta, olvidados de él.

La orden para que saliese de aquella casa que ya no era suya se la dio un sobrino de la señora, al que esta había odiado por su carácter egoísta y por varios engaños en asuntos de dinero.

Y el personaje, sacando su cartera para entregar tres billetes de mil pesetas, no sin antes invitar a Maltrana a que firmase un recibo, obsequió al joven con un discurso, empedrado de buenos consejos.

Maltrana se marchó con todos sus libros a una casa de huéspedes, cercana a la Universidad, donde vivían algunos de sus compañeros de aula. La existencia de estudiante fue para él una revelación de las alegrías de la vida.

—La vida es alegre —decía sentenciosamente—. Hay que dar a la vida un sentido helénico.

Y el helenismo del pobre muchacho consistía en fumar por primera vez, beber copas de marrasquino, único licor que toleraba su paladar, enviar cartitas de amor a las costureras o a las hijas de ciertas señoras de clases pasivas.

Maltrana continuó los estudios con el mismo aprovechamiento, a pesar de su alegría helénica. Su madre quiso que siguiese viviendo en la casa de huéspedes: un sabio como él no podría estar en un casuchón de las afueras, entre albañiles, obreros de la villa y vagabundos.

La vida era en su casa cada vez más dura. El señor José pasaba semanas enteras sin trabajo. Pepín, que ya tenía once años, era tan malo, que los vecinos le apodaban el Barrabás.

La pobre madre, para traer a casa algún dinero, era hora ayudanta de una lavandera, y en las mañanas de invierno bajaba al río, desfallecida de hambre, temblando al contacto del agua su mísero esqueleto cubierto de piel.

Un día, Barrabás se presentó en casa de su hermano para decirle tranquilamente que la madre estaba en el hospital.

La hizo trasladar a una habitación aislada: él pagaría todos los gastos. Y pasó las tardes al lado de la enferma, escuchando sus consejos, alentándole en sus esperanzas. La pobre le suplicaba que cuando llegase a las alturas no abandonase al señor José y a su hijo.

La enferma murió a los tres meses, después de haber abierto gran brecha en la exigua fortuna de Maltrana.

El pesimismo se había apoderado de este. ¿Para qué doctorarse? El estudio no significaba sabiduría, sino rutina. Él había visto mucho y sabía a qué atenerse. La Universidad era una mentira, como todas las instituciones sociales.

Sería pensador independiente: sería escritor.

Las noches las pasaba en Fornos, en una mesa de futuros genios, todos tan ignorados como él, pero convencidos de que darían que hablar a la historia.

El sarampión literario tomaba formas rabiosas que asustaban a Maltrana. Todo lo sabían aquellas criaturas a pesar de sus pocos años.

Sus juicios resonaban terribles, inexorables, concisos, capaces de hacer temblar de pavor las mesas del café. Casi todos los escritores españoles eran atunes, besugos o percebes.

Luego, garrote en mano, pasaban la frontera. ¡Zola!... un mozo de cordel. ¡Victor Hugo!... un señor muy elocuente, pero no era poeta. ¡Lamartine!, un llorón... tampoco poeta. ¡Musset!... este ya lo era un poquito más.

Un amigo de la tertulia quiso protegerle.

—Aquí no vienen más que currinches. Yo te presentaré a una peña de verdaderos escritores. Grandes poetas..., gente que ha estrenado con éxito.

Y frecuentó por las tardes una cervecería, punto de cita de la nueva tertulia, que por su aspecto impuso respeto al tímido Maltrana. El hijo de la Isidra experimentó turbación al tratarse con dos marqueses que eran poetas y otros jóvenes emparentados con personajes. Vestían con elegante atildamiento.

Uno de los jóvenes el marqués, que había encontrado a Maltrana cierto parecido con Beethoven, acosábalo con su pegajosa amistad.

Una tarde en que los dos estaban solos en la cervecería, echó su silla atrás, sintiendo impulsos de cerrar de una bofetada aquellos ojos claruchos, fijos en él cínicamente. Una mano ágil, de femenina suavidad, había trotado sobre sus piernas por debajo de la mesa.

—¡Pero tú —exclamó indignado— no eres escritor, ni poeta, ni nada! ¡Tú eres un...!

Y soltó la palabra brutal y callejera. Pero el otro, sin desconcertarse, sin dejar de acariciarlo con los ojos, contestó con suave desmayo:

—No seas ordinario: no digas esas cosas. Llámame alma iniciada.

III

Huyó Maltrana de tales... almas, no volviendo más a la cervecería.

Sus amigos no le vieron ya más que en el Ateneo, leyendo revistas, o en la Biblioteca Nacional, rebuscando datos para ciertos eruditos y académicos que le daban por este trabajo una exigua retribución.

Vivió desde entonces con su padrastro y su hermano Pepín que trabajaba en las obras como aprendiz.

En el barrio de las Carolinas, más allá de Tetuán, albergue de las gentes de la busca, tenía su abuela, la señora Eusebia, conocida por la Mariposa, una de las traperas más antiguas.

La vieja le recibía con grandes ademanes de admiración. ¡Qué guapo! ¡Qué señorito tan arrogante! Todo el barrio conocía su entusiasmo por aquel nieto que era un sabio, del que hacían, según ella, gran caso en Madrid.

El joven, en sus conversaciones con la vieja, acababa siempre con la misma petición:

—Abuela, dicen que es usted muy rica. A ver, enséñeme su tesoro.

La señora Eusebia protestaba. ¡Rica ella! Mentiras de las gentes. Era una pobre; no tenía nada. Y sonreía enigmáticamente al decir esto; le brillaban los ojos; no se recataba en dar a entender que el tesoro era una realidad... pero que nadie lo vería nunca.

Los domingos eran los únicos días en que Maltrana hablaba con el señor José y veía a su hermano.

Maltrana, al levantarse, ajustaba sus cuentas con el padrastro, dándole lo que podía por el alquiler del cuarto. Luego se iban los dos, según su estado de fortuna, a comer lomo barato en un «horno de asados» de los Cuatro Caminos.

En los días de trabajo, si el tiempo era bueno y Maltrana tenía en el bolsillo algunas pesetas, encaminábase al barrio de las Carolinas, para almorzar con el Mosco, el cazador furtivo cuya gloria llegaba hasta Colmenar.

Su hija Felicianita estaba trabajando en la fábrica de gorras, y él iba de un lado a otro, preparándose el almuerzo, después de bien pasado el mediodía.

Maltrana había admirado muchas veces a su amigo cuando le mostraba el cuerpo con el impudor de un bravo. Dos postas en la cabeza, incrustadas en los huesos del cráneo; un balazo en un hombro y otro en una pierna, proyectiles redondos que le había extraído una curandera con dolorosos procedimientos, y el resto del cuerpo hecho una criba por los perdigonazos a los que apenas daba importancia, considerándolos accidentes vulgares.

Los almuerzos de Maltrana en casa del Mosco eran succulentos. Él pagaba el pan y el vino, trayéndolo de una taberna cercana, mientras el famoso dañador ponía sobre la mesa un guiso de gazapos o alguna liebre cazada la noche antes.

—¡A la salud de la real familia! —exclamaba Isidro irónicamente—. ¡Viva el monarca que mantiene a sus súbditos!

IV

El segundo día de Carnaval, por la tarde, al salir Maltrana de la calle de los Artistas, se detuvo en los cuatro caminos.

Le repugnaba el Carnaval madrileño, grosero y monótono, sin otros alicientes que los codazos y pisotones de la multitud.

Acariciaba aquella tarde la esperanza de merendar en casa del Mosco, ya que tenía la certeza de no cenar cuando bajase por la noche a Madrid.

Isidro, en su optimismo, tenía el presentimiento de una gran fortuna.

Dos días antes, al pasar por la calle de Alcalá, frente al ministerio de Hacienda, había encontrado a don Gaspar Jiménez, pariente de la señora que le amparaba en su buena época.

El senador se separó de otros dos señores no menos imponentes que iban con él, y aproximándose a Maltrana, púsole en la espalda la mano protectora.

—¿Cómo está usted, joven? ¿Cómo marchan sus asuntos?

La palmada del senador y su sonrisa le trastornaron hasta el punto de hacerlo tartamudear.

—¿No terminó usted la carrera? —continuó el senador—. Ha hecho usted bien si sus aficiones le llevan por otro lado. Usted es artista: usted ha nacido para escritor.

Y con gran asombro de Maltrana, le habló de los artículos que llevaba publicados. Él no los conocía, le faltaba el tiempo para muchas cosas, pero se los habían recomendado con grandes elogios. Literatura *profunda*, de la que a él le placía; estudios serios y concienzudos. Él amaba lo concienzudo, lo serio.

—Venga usted a verme cuando pueda: con entera confianza; ya sabe usted que somos antiguos amigos; yo le considero como de la familia... Creo que le conviene a usted que nos veamos: algo bueno saldrá de la entrevista.

Maltrana, ansioso de esperanza tras estas palabras, intentaba visitar al día siguiente al senador.

Al entrar en el barrio de las Carolinas quedó desconcertado y confuso por el aspecto que ofrecía en pleno Carnaval. En aquella gente, adornada con los despojos de una ciudad no se distinguían fácilmente las máscaras.

El joven vio venir hacia él un grupo de chicuelos. Al frente marchaba un mascarón con la cara hollinada y vestido con arpilleras y lazos de papel.

—¡No me conoces! ¡No me conoces!

Otro grupo le rodeó: todo él era de mujeres. Se habían retirado al bosquecillo, cansadas de pasear. Permanecían allí satisfechas de sus disfraces, pero aburridas.

—¡No me conoces! —gritó un bebé de color rosa, en el que Maltrana fijó su atención.

—¿Pues no te he de conocer, criatura? —exclamó el joven—. Tú eres Felicianita. No hay en todo el barrio otras manos como las tuyas. Por eso las llevas descubiertas, coquetona.

Muchas de las máscaras echaron a correr, chillando, asombradas de este reconocimiento, y ofendidas por la alusión a sus manos enguantadas.

—Sí: tú eres Felicianita —volvió a decir el joven, cogiéndole las manos—. Dime, ¿cuándo volverá tu padre?

—Yo no soy Feliciano, pero soy su mejor amiga. Ella es como yo misma..., más que si fuésemos hermanas. ¿Y sabes lo que dice Feliciano? Que eres un orgulloso, que por más que ella te mira, tú nunca te fijas en ella.

Detrás de la careta sonó un suspiro. El bebé se llevó las manos al pecho, y por los agujeros del cartón viéronse los ojos húmedos, lacrimosos.

Matrana, turbado por las palabras de la máscara, no acertó a contestar. Instintivamente llevó una mano al antifaz y tiró de él.

—Todo ha sido una broma. Confiesa, Isidro, que he sabido marearte, y olvida esas tonterías.

—Feliciano —dijo el joven gravemente—, no llores. Broma o realidad, bendigo tu valor que te ha permitido decirme tales cosas.

Sin darse cuenta de lo que hacía, una de sus manos soltó las de la muchacha, desliziéndose instintivamente por su talle.

Feliciano fijó en él sus ojos, húmedos, negros como dos gotas de tinta, que reflejaban el lejano foco de sol. Se arrancó del brazo de Maltrana y corrió hacia un árbol, apoyando en él los codos, ocultando la cara entre las manos.

No quería que la viese Isidro. Tenía miedo de mirarle. Ahora lloraba de veras y gemía entre suspiros:

—¡Qué vergüenza, Señor!... ¡qué vergüenza!

V

—Siéntese usted, joven. Está usted en su casa: ya sabe que le considero como de la familia.

Y el senador don Gaspar Jiménez acariciaba a Maltrana con aquellas palmaditas protectoras que enorgullecían al joven.

—Pues sí, joven amigo —dijo con la entonación solemne que empleaba al charlar en los corrillos de la Alta Cámara—. Yo me he tomado la libertad de hacerle venir, porque tengo que proponer a usted algo que considero muy beneficioso para su persona.

Él vivía muy ocupado. Era el hombre que en todo Madrid disponía de menos tiempo para dar satisfacción a sus particulares aficiones.

—En estas condiciones, pues —continuó el senador con entonación oratoria—, me es imposible dedicar mi actividad a los trabajos de pluma, exteriorizar mis modestas ideas sobre el papel. Porque yo, amigo Maltrana, también soy escritor. No puedo enseñarle ninguno de mis trabajos. Mi modestia me obliga a romperlos antes de acabarlos. Necesito que alguien me ayude y me empuje. Yo tengo ideas, muchas ideas: lo que me falta es el auxilio, la colaboración de un joven ilustrado, para escribir: uno como usted.

Lo que deseaba el marqués de Jiménez era escribir un libro, pero un libro notable, que consolidase su prestigio de economista, de pensador serio. No quería tener

secretos con Maltrana y le confesó que el tal libro sería un escalón, el último, para alcanzar la cartera de ministro.

—Usted escribirá —continuó el personaje—; yo le daré las ideas, y con esto creo que su trabajo será coser y cantar, como quien dice... Porque mi obra, amigo Maltrana, va a ser socialista: no se asuste usted; socialista, del verdadero socialismo, del práctico, del que puede ser, del que defendemos los espíritus sanos; podría titularse *El verdadero socialismo*, pero si usted encuentra otro título más bonito, por mí no se prive usted: yo no tengo en esto empeños de amor propio.

Y gravemente, arrugando el entrecejo, como si cada idea le costase una extracción dolorosa, expuso su plan. El libro debía ser un himno a la caridad: que los ricos diesen a los pobres, que los pobres respetasen a los ricos, y amos y otros se confiaran a la dirección de la Iglesia católica.

—Yo entiendo que estos encargos deben pagarse bien. Además, amo a la juventud y deseo protegerla. Le daré a usted tres mil reales por su trabajo; pero que sea grueso el libro, ¿eh?, y sobre todo notas... muchas notas. Tal vez si la cosa sale a mi gusto, llegue a los cuatro mil. Por de pronto, tome usted veinte duros, para los primeros gastos... papel, tinta, plumas.

Y el bohemio, sin remordimientos por esta piratería literaria, aceptándola alegremente como una liberación de la miseria, pensó en cambiar el billete, en gozar por adelantado de su futuro bienestar.

La imagen de Feliciano, de la dulce Feli, como él la llamaba, pareció surgir ante sus ojos entre las nubes de humo azul.

—Para la pobre Feli —pensó Maltrana— yo soy la poesía; un pedazo de cielo que desciende hasta ella; algo superior que ama y venera a un mismo tiempo. ¡Con tal que no pierda las ilusiones al verme de cerca!...

Él no amaba a Feli con grandes arrebatos, pero sentíase atraído por ella dulcemente. En esta atracción había un poco de agradecimiento y algo de orgullo personal. La deseaba, además, por egoísmo, viendo en ella una hembra apetecible que podía embellecer su existencia.

Con la alegría del bienestar, emprendió a pie su marcha hacia los Cuatro Caminos. Pensaba detenerse en la calle de Bravo Murillo, frente a la fábrica de gorras donde trabajaba Feli: aguardar la salida de esta para hablarla de la fortuna que inesperadamente embellecía su vida.

Maltrana salió a su encuentro. Bastó un saludo algo tímido para que Feli sonriera, olvidando todos los propósitos de seriedad que se había forjado al verle. Sus mejillas se enrojaron con el recuerdo de lo ocurrido en la tarde de Carnaval.

—Feli —contestó el joven—, era preciso que hablásemos. Después de la otra tarde en el Caño Dorado, de las cosas que me dijiste... yo necesitaba hablar. Tus amigas no me dejaron. Además, tú llorabas como si fueses a morir.

—¡Pero si yo no dije nada! —exclamó con las mejillas arreboladas—. Y si dije algo, no lo recuerdo. No sabía lo que hablaba; estaba borracha.

Isidro se aproximó más, pegando todo un lado de su cuerpo al de Feli, percibiendo la firmeza elástica de su carne; su tibia suavidad al través del mantoncillo y la falda sutil.

—Oye, Feli, no nos pongamos tontos. ¿A qué ir con disimulos y coqueterías, como si nos viésemos ahora por primera vez? Yo te quiero, tú me quieres; los dos nos queremos. ¡Me parece que más sencillo!...

La muchacha no contestó con palabras. Bajó los ojos, y su cabeza fue inclinándose dulcemente en señal de asentimiento.

Caminaban lentamente, sin mirarse, como si toda su atención y el calor de su vida estuviesen concentrados en los brazos, que se apretaban con estremecedor contacto, confundiendo los latidos de sus venas.

—Tú me traes la buena suerte, Feli. Voy a ser rico; es decir, vamos a serlo los dos.

Y como la muchacha quisiera saber en qué consistía tanta riqueza, Isidro tuvo que explicarse con cierta vacilación.

—Ricos enseguida, lo que se llama ricos, no lo seremos. No van a darme más que tres mil realazos. Pero algo es algo, y tras ellos, otros vendrán. Lo que importa es encontrar el camino y en él estoy ello. ¿Cómo iba a pensar en una mujer, a proponerla que partiese la miseria conmigo?

Pero la muchacha le atajó. Que era pobre, ¿y qué? Ya lo sabía ella. Muchas veces se había fijado en la voracidad con que comía en casa de su padre, reveladora de dolorosas escaseces. Pero era bueno, era sabio, y para ella el hombre más guapo del mundo.

—¡Guasona! —exclamó Isidro, volviendo a meter el brazo por debajo del mantón—. ¿Es que quieres burlarte de mí?

—Lo digo como lo siento —continuó la muchacha con sencillez—; el más guapo de Madrid. Pero no se enorgullezca usted por esto, señorito.

Ella se había enamorado sin saber cómo. Su padre la hablaba con admiración de los grandes hombres desconocidos, a los que había tratado en sus tiempos de impresor. Al presentarse Maltrana, ella pensó que era uno de aquellos seres que, vistos desde la casucha del dañador, aparecían como semidioses.

Las palabras de la joven resultaban, sin saberlo ella, de una ironía cruel. Maltrana siguió riendo de la inocencia de Feli.

Habían entrado en el camino viejo que conduce de Madrid a la patriarcal de San Martín.

Los dos jóvenes llegaron al parterre que se extiende ante la patriarcal.

Feli, que siempre había visto de lejos este cementerio, sintió gran inquietud al encontrarse cerca de él. Por entre el ramaje y el hierro de las verjas, veíase la blancura del mármol de los panteones. El brazo de la muchacha se estremeció de inquietud, apretando el de su novio.

—¡Tonta! —exclamó Maltrana—. ¡Si esto es un jardín! La última que enterraron fue mi protectora, y antes de que trajesen su cadáver habían pasado muchos años sin entierros. Esto es muy bonito: hace pensar en el amor más que en la muerte.

La dulce calma, cortada por el rumor del follaje y el piar lento de los pájaros, disipó la inquietud de Feli.

—Entremos —dijo su novio—. Esto es un cementerio de novela; un jardín como no hay otro en Madrid.

La enamorada parece sentíase por este rincón olvidado.

Maltrana quiso que Feli viese la sepultura de su protectora, y los dos salieron de la avenida central para descender por una escalerilla, en forma de túnel, a un patio inmediato.

La clase social de las gentes enterradas en esta parte del cementerio solo evocaba imágenes de lujo, de placer y de fiestas. Eran duquesas famosas por su hermosura, damas palaciegas que habían muerto en lo mejor de su edad, mujeres que gozaron sus épocas de reinado y adoración. Los nombres, que brillaban en letras de oro sobre la blancura láctea del mármol, hacían soñar en fiestas elegantes, amorosas entrevistas, tocadores lujosos, impregnados de suaves esencias, adornados con flores costosas.

Maltrana, como si sintiera los efectos de este recuerdo de voluptuosidad y amor que las ilustres muertas evocaban con sus nombres, fijó los ojos en Feli, que contemplaba absorta las hermosas tumbas. Pasó un brazo por su talle, la atrajo hacia él y la besó donde pudo, donde alcanzaron sus labios, entre el lóbulo sonrosado de una oreja y el cuello moreno, que erizó su piel, estremecida al contacto de los labios.

La joven se desasíó con rudo empujón.

—¡Isidro! —exclamó avergonzada—; ¡Isidro!...

Y bajó la cabeza tristemente, como dolorida por la audacia del amante. Después habló para acusarse a sí misma, sin dirigir el menor reproche al joven. Ella tenía la culpa: debía haber evitado esta soledad, negarse a entrar en el cementerio con Isidro, que estaba acostumbrado a los mayores atrevimientos con sus impúdicas amigas de Madrid... ¡Besarla!... ¡y en aquel sitio!...

Maltrana sonreía: tonta, ¿a qué tal miedo? Aquel sitio era lo mismo que otro: mejor aún, por su poesía de jardín abandonado, propicio al amor.

—Vámonos —murmuró la muchacha—. Fuera de aquí hablaremos. ¡Quererse por primera vez en un cementerio!... Esto da mala sombra; acabaremos mal. Vámonos, Isidro.

Tiraba de él, poseída de un terror infantil, y el joven la siguió. Pero al pasar bajo el arco que daba entrada al ábside, Isidro la detuvo, lanzando una exclamación de asombro.

—¡Qué bonita! —exclamó Maltrana con arrobamiento—. ¡Si pudieras verte!... Tienes la falda verde y el pecho azul. Tu boca es de color naranja; una mejilla es violeta y la otra, ámbar. ¡Parece que tengas claveles en la frente!

Feli permanecía inmóvil, sonriendo con femenil complacencia, gozosa de que su novio la viese tan bella. Sentía la caricia del rayo mágico de sol: entornaba los ojos,

cegada por la ola de colores que palpitaba en sus ropas y su carne. El halago de la coquetería disipaba su miedo al cementerio con esa facilidad que tienen las mujeres para el olvido cuando se sienten acariciadas en su vanidad.

—Deja que bese ese amarillo de oro... Ahora, el morado; ahora el azul... el rosa de tu frente... el heliotropo de tus labios... las violetas de tus ojos.

Caían los besos sobre ella como una lluvia sonora, con chasquidos de pasión, que agrandaba el eco del cementerio.

Los dos amantes siguieron el camino a lo largo del tercer depósito, haciendo erguir bajo sus pies el polvo de carbón que ennegrecía el suelo.

Pasó un hombre con un cesto de naranjas, y al sorprender Isidro una ávida mirada de su novia, le hizo detenerse. ¡A soltar enseguida lo mejor del cesto!

Feliciana solo quiso aceptar una naranja, la más hermosa, y los dos siguieron adelante, jugueteando ella como una niña con la pequeña esfera de color de fuego, haciéndola saltar entre sus manos. Acabó por abrir un agujero en ella y por chupar su jugo, apretándola entre los dedos. Un chorro de ámbar descendió por la comisura de sus labios, hasta la barbilla de graciosa redondez, endulzando su piel. Isidro quiso beberlo, y de nuevo rozó con su boca la boca de Feli.

—¡Otra vez! —exclamó la muchacha, echándose atrás, entre sonriente e indignada—. Pero condenado, ¿no ves que nos miran... que pasa gente?

Y con su mano fina y blanca, aquella mano de señorita, que era el asombro de las Carolinas, abofeteó cariñosamente la cara del joven.

Al anoecer entraron en un merendero de la hondonada de Amaniel.

Cuando abandonaron el merendero iban con paso vacilante, silenciosos, por la soledad del campo.

Se detuvieron en las inmediaciones del Canalillo.

Los dos huyeron de la luz. Querían descansar; sentíanse sin fuerzas para seguir adelante y se detuvieron junto a un desmonte, ocultándose en la sombra que proyectaba la masa de tierra.

Feli hablaba quedamente, con llorosa voz.

—Júrame que no me abandonarás. Que me querrás siempre... que no me desprecias porque soy débil contigo... porque te quiero.

Isidro lo juraba todo sin hablar; lo juraba con sus manos inquietas, con sus labios acariciadores, con el viril estrujón que hacía caer vencida y esclava entre sus brazos a aquella alma simple y primitiva, ansiosa de ideal.

VI

Un domingo por la mañana, Isidro y Feli bajaron al Rastro.

La tarde anterior el joven había hablado con acento de resolución.

—Feli, de mañana no pasa. Ya es hora de vivir juntos. Estoy harto de que vaguemos por los desmontes como gitanos. Yo trabajo para ti y tenemos derecho a formar nuestro nido.

Feliciano dudó un instante. ¿Y su padre?... Pero una mirada de él bastó para vencer su resistencia. Estaba en plena embriaguez de amor, sin otra voluntad que la de adorarlo y seguirle. ¡Con él, con él!, aunque hubiese de renegar de todo su pasado.

Su obra, *El verdadero socialismo*, estaba próxima a terminarse.

Maltrana, obligado a trabajar durante el día, había abandonado el cuartucho de la calle de los Artistas, ya que su único camastro lo ocupaban por la noche el señor José y su hijo. El joven dormía en Madrid, en el hospedaje de un compañero de bohemia, pero esto era con carácter provisional.

El Mosco, aunque no ponía gran atención en los actos de su hija, comenzaba a mostrar cierta extrañeza por la tardanza con que se presentaba de vuelta del taller, alegando ocupaciones para justificar su retraso.

Junto a la huerta del Obispo, un camino bordeado de almendros atraía todas las tardes a Isidro y Feli. Paseaban cogidos del talle entre los árboles, que extendían sobre sus cabezas una bóveda de flores. Sus corolas rojas, inflamadas, parecían abrirse para saludarles.

—Míralas —decía Feli—; son boquitas que nos sonríen, que quieren hablarnos.

Maltrana aceptaba esta cándida afirmación de la muchacha. Sí; eran bocas de flor que se abrían para decir a Feli que era muy bonita.

Sentábanse en los ribazos cubiertos de hierba, y al hablarse, arrancaban sus margaritas silvestres que crecían al alcance de sus manos. Así esperaban la llegada del crepúsculo, y las sombras les sorprendían muchas veces en las inmediaciones del canal silencioso y profundo, que había presenciado sin un murmullo, con la bonachona complicidad de la luna, la comunión primera de su amor.

Isidro tuvo la audaz resolución de los débiles. El miedo al Mosco le hizo ser atrevido y arrostrar el peligro de una vez... ¿Era de veras que Feli le quería? Pues a seguirle, a vivir juntos, olvidados de todo lo que no fuese su amor.

Maltrana tenía dos mil reales, un capital, pues jamás habían visto tanto dinero. Vivirían en el interior de Madrid, donde no los conociesen. Serían marido y mujer para las gentes que solo comprenden el amor con documentos y sellos. Más adelante, cuando tuviesen hijos, ya pensarían en el matrimonio.

Maltrana discutió con Feli, largamente, los detalles de su instalación.

—Hay que ser prácticos —decía—. Hay que ser burgueses...

Y Feli contestaba con no menos seriedad:

—Ya verás hacer economías y vivir bien.

Un sábado expuso a Feli su resolución. Ya tenían casa; al día siguiente irían a vivir en ella. Había encontrado al hermano Vicente, un santo loco que repartía papelillos católicos y propagaba la religión en las afueras. Irían a vivir con él. Era un buen hombre, dulce y tolerable, sin otros defectos que su manía de santidad.

Enumeró a Feli las ventajas de tal arreglo. Vivirían al otro extremo de Madrid: listos habían de ser los que les encontrasen. Solo pagarían tres duros por la casa.

Solo les faltaba amueblarla y se dedicaron a ello con el entusiasmo de la novedad, halagados por esta ocupación, que era de burgueses, según decía Maltrana.

Feli abandonó, para siempre, la casa de su padre y el barrio de las Carolinas. El Mosco dormía aquella mañana cansado de su expedición de la noche anterior. Ni una duda ni un remordimiento sintió la joven: huyó sin que dijeran nada a su alma los lugares en donde había transcurrido su vida. Solo pensó en no hacer esperar a Isidro, que la aguardaba en la glorieta de Bilbao.

Feli y su amante deseaban adquirir la cama antes que los otros muebles, y se detenían indecisos al ver en los puestos y en las puertas de las tiendas camas de todas clases, de hierro y de madera.

Maltrana la hacía seguir adelante. Aún quedaba mucho por ver; estaban a la entrada del Rastro. Abajo, en las Américas, tenía lo más ventajoso.

—Esto —dijo Maltrana— es el rastro del Rastro: lo más barato de la baratura. Los de la Ribera de Curtidores miran a los de aquí como puedan mirarles a ellos los comerciantes de la Puerta del Sol.

Al entrar vieron librerías de lance, en cuyo interior se agrupaban viejos señores de traje raído, hojeando volúmenes, hundiendo en ellos su nariz coronada por los anteojos: tiendecillas de indescriptible amontonamiento, en las que se confundían cuadros de agujereado lienzo, piezas de vidrio sucio y opaco, cofres viejos y cornucopias con el oro descascarillado y los remates incompletos.

Volviendo hacia lo alto del Rastro, asomáronse al patio de las viejas Américas.

Compraron una camita dorada, una mesa de escribir, otra de comedor, varias sillas y un colchón con almohadas y dos mantas. Todo era moderno, de poco precio; pero la cama, con sus hierros coruscantes, les pareció a los dos un derroche, un alarde de suprema elegancia, una manifestación de su propósito de vivir en grande, sin privaciones. Siete duros les costó esta joya. Los dos se miraban con inquietud.

—¡Cuánto dinero hemos gastado! —decía Feli, apreciando con el tacto la disminución del envoltorio que llevaba en la mano—. Si seguimos derrochando así, dentro de poco pediremos limosna.

Isidro la tranquilizaba. Aún tenía más dinero para las necesidades de la casa. Y después, ganaría nuevas cantidades: contaba con su pluma para vivir.

Isidro y Feliciano sentían impaciencia por verse en su casita. Dudaron un instante ante la puerta de un café, no sabiendo si almorzar en él. No; mejor sería en su casa, completamente solos, sin la molestia de las miradas del público.

Al presentarse el camarero con una gran bandeja, en aquel piso alto donde ocultaban su felicidad, tuvieron que colocar sobre una mesita del señor Vicente el solomillo con patatas, la merluza frita, el postre de pasas y almendras y la botella del vino. Comieron con el buen apetito de la juventud, con esa excitación que proporciona la novedad de los cambios de sitio.

Feli, de vez en cuando, fruncía el entrecejo, con sus preocupaciones de amita de casa.

—Esto empieza mal, gastamos demasiado. Con lo que cuesta este aparato que han traído del café, tengo yo para dos días.

Maltrana contestaba con risas. Había que alegrarse: aquel domingo era el de sus bodas, el primer día que pasaban juntos. Ya pensarían luego en las economías.

Los amantes dedicaron gran parte de la tarde al arreglo de los muebles. Los habían dejado los portadores agrupados en el centro de la habitación que destinaba Isidro para despacho. Después de largas reflexiones y no menores titubeos, se dispusieron los jóvenes a colocarlos.

—Aquí la mesa, junto a la ventana —dijo Feli—. Tú escribirás de espaldas a la cocina y yo vendré de puntillas, poquito a poco, y ¡zas!, te daré el gran susto, cuando menos lo esperes, echándote los brazos al cuello, besándote, así, así.

Al colocar la mesa de comer, sentáronse frente a frente, pero arrepentidos de establecer entre los dos este obstáculo, diéronse las manos por encima de él, mientras por debajo se buscaban los pies.

Con tales intermedios, el arreglo de los muebles, a pesar de ser pocos amenazaba prolongarse hasta bien entrada la noche.

La colocación de la cama fue el asunto magno de la tarde. Cambiáronla de sitio un sinnúmero de veces, sin que llegase a quedar nunca a gusto de los dos. Sudaban, con la cara roja de fatiga, al mover y dar vueltas a este armatoste dorado en la estrechez de la habitación.

Cuando los amantes, dando por terminado el arreglo del dormitorio, volvieron a lo que había de ser despacho, Maltrana buscó el martillo y los clavos.

Quería abandonar su habitación de trabajo colocando unas láminas regaladas por un amigo.

—Fíjate, nena: este es Victor Hugo, un semidiós. Cuando yo arregle mis libros, te daré a leer algo suyo. Este otro es David-Federico Strauss, uno que se metió a examinar la vida de Jesús y no dejó en ella títere con cabeza. Este barbudo es Darwin; el otro, que parece un erizo blanco, mi gran tío Schopenhauer; el de más allá, Zola, con su mirada triste como si fuese a llorar; aquel viejo tan guapo y simpático, el amigo Haeckel.

Feli sonreía contemplando los retratos, creyendo de buena fe, en su sencilla ignorancia, que eran señores de Madrid a los que conocía y trataba su amante. Esta misma amistad la hizo presentir que podían ser mal vistos por el dueño de la casa.

—Pero, Isidro, ¿y don Vicente no se ofenderá al ver a estos caballeros?

Maltrana prorrumpió en una carcajada al oír el nombre del santo. El día anterior, al dejar los grabados en la casa, se los había enseñado.

Luego de una larga reflexión había preguntado:

—¿No estarán entre esos señores Voltaire y Garibaldi?

El hermano Vicente no conocía mayores impíos. El nombre de Voltaire, pronunciado con todas sus letras, le hacía estremecer, al mismo tiempo que se alteraban sus ojos inflamados con el lagrimeo de la rabia.

—No, señor Vicente: no están.

—Me alegro. Porque si estuvieran Voltaire y Garibaldi, yo me marcharía. No podría vivir bajo el mismo techo que esos demonios.

Isidro tomó el sombrero para bajar a la calle y hacer sus compras.

—Adiós, niña... Rica, adiós: vuelvo en seguida.

Se despedían entre fuertes abrazos. Alejábanse y volvían a juntarse con nuevos besos, como si fuese él a emprender un interminable viaje. Por fin se separaron en el rellano de la escalera.

—Cierra bien —dijo Maltrana, como si temiese los mayores peligros durante su ausencia.

Y solo se decidió a bajar cuando vio cerrada la puerta y sonaron tras ella los ruidos de la llave y el cerrojo.

Volvió a la media hora con un paquete de bujías, dos chuletas empanadas de una taberna cercana, una libreta, una botella de vino y un paquete de dulces. ¡Juerga completa! Decididamente la vida de burgués con casa propia y mujer única tenía grandes encantos.

Comieron y bebieron, hablando de acostarse al poco rato. Reían pensando que otras noches, a aquellas horas, todavía vagaban por los campos. Iban a dormir como las gallinas. ¡Oh, la vida ordenada!

Mientras comían hablaron de lo que pensaban hacer a la mañana siguiente. Visitarían las tiendas de la calle de Toledo para que ella comprase las sábanas. Isidro, desoyendo sus protestas, pensaba regalarle cierto vestido expuesto en un maniquí a la puerta de una tienda de modas. Además, acordábase de que hacía tiempo que soñaba Feli con unas botas altas, muy altas, de suave color de limón y con muchos botones.

—Pero nos vamos a arruinar, nene —suspiraba ella, posando la cabeza en un hombro del amante—. Tú no tienes dinero para tanto.

Maltrana protestó. Él trabajaría. ¿Y para quién era todo su dinero? Para su Feli, para su gorrera graciosa, que lo había abandonado todo, todo, siguiéndole a él, pobre y feo.

—Me dedicaré a la política: yo quiero que seas una gran señora, y en este país no hay camino mejor para subir aprisa. Yo llevo dentro algo. El día que conozcan, impondré respeto. Seré director de periódico, seré diputado... ¡llegaré a ministro, Feli, y tú serás mi mujer, la esposa de Su Excelencia!

—¡Yo ministra! —exclamó—. ¡Y tendré coches, y los lacayos se me quitarán la chistera con galones dorados, y mi tío, el Federal, se quedará con un palmo de boca abierta, cuando pase en carretela por la Puerta del Sol, frente a su oficina! ¡Y tú irás a Palacio y te tratarás con las grandes damas y...!

El rostro de Feli pareció entenebrecerse. Apretó los labios, le brillaron los ojos, y dijo con enfurruñamiento:

—No; tú no serás ministro; no quiero que lo seas: no me da la gana, ¿lo entiendes, Isidro? Dime que no lo aceptarás aunque te lo ofrezcan; dímelo o reñimos...

Se incorporaba sobre las rodillas de Isidro, y fingiendo furor, abofeteábale con su blanca manecita.

—No; no lo seré —exclamó Maltrana—. Presento la dimisión de la cartera: crisis total. Pero déjame el pelo, niña: ¡que me haces daño!

—Está bien —dijo Feli más tranquila—. Te dejo, pero cuidadito con faltarme a la palabra. Lo que deseo es que algún día vivamos como esos matrimonios que no tienen que rabiarse por el puchero, que envían sus hijos a un colegio, tienen su buena casa allá en el barrio de Salamanca, salen a paseo.

VII

Maltrana, en la apacible calma de su nueva existencia, terminó pronto el libro del marqués de Jiménez. El grave prócer mostrábase satisfecho del trabajo. Además, por encargo suyo, vigilaba el joven la impresión y corregía las pruebas. ¡El senador tenía tantas ocupaciones!...

Cuando el libro estuvo impreso, el marqués hizo un nuevo encargo a Maltrana. El jefe del partido, que había de escribir el prólogo, entreteníale con excusas, sin cumplir su promesa. Don Gaspar no se ofendía por ello, conociendo las exigencias de la política, la vida cruel, abrumada de trabajo, que arrastran sus hombres. Por fin, el impresionante personaje, dando al marqués una muestra de gran confianza, le había rogado que escribiese él mismo el prólogo, autorizándole para que pusiese su firma al pie.

—Y yo, joven amigo —siguió diciendo el prócer—, le transmito a usted el encargo, rogándole que haga todo cuanto sepa. ¡Qué honor, joven! ¡Escribir cosas que ha de avalorar con su firma un personaje ilustre! Muy pocos alcanzan esta gloria a la edad de usted.

Descendiendo, como él decía, a la práctica, y sin soñar (eso nunca), habló el marqués de la remuneración del nuevo trabajo. Por el libro, ajustado en tres mil reales le daría mil pesetas, pues estaba contento. Por el prólogo le aumentaría cincuenta duros, pero tendría que lucirse, haciendo un trabajo que asombrase y apabullase a los otros caudillos de grupo, que osaban discutir en el Congreso con el ilustre jefe.

Con estas esperanzas pretendía halagar a Maltrana para que guardase silencio. El joven escribió el prólogo, mostrándose satisfecho de la retribución.

Aún no había salido del primer encantamiento de su existencia plácida, ordenada y tranquila, al lado de Feli. La muchacha se revelaba como una excelente ama de casa. Descendía por las mañanas a la plazuela con mantón y cesta; después pasábase el día con los brazos arremangados, cocinando, sacudiendo el polvo, repasando la escasa ropa de Isidro.

Nunca había ido este tan pulcro. Sus amigos hablaban con asombro de la blancura de su camisa y la limpieza de su sombrero. Además, engruesaba.

—Tiene una muchacha —decían sus camaradas— que le arregla y le cuida; una verdadera ganga, y además, guapa. ¡Qué suerte la de este chico!

Feli, por su parte, también experimentaba los beneficiosos efectos de la nueva existencia. Mostrábase alegre: solo de tarde en tarde pasaba una nube por los ojos, acordándose del Mosco. ¡Qué haría su padre en la casucha de las Carolinas! ¡Qué diría de ella!

—¡Si te vieses tus amigas de antes, chiquilla! Estás hecha una señorita: el día en que menos lo esperes te compro un sombrero.

Había adquirido Feli su traje en una tienda de la calle de Toledo.

Pero lo que más satisfacía su vanidad femenil eran las botas, las famosas botas de color limón con las que había soñado tantas veces, y que apreciaba como el mejor de los regalos de Isidro.

De sus paseos del domingo volvían fatigados, con los pies cubiertos de polvo, pensando en la dulce quietud de su casita, en la cena que les esperaba, en la noche de cariñosa intimidad.

Y se aislaban cada vez más, satisfechos de su amor, olvidados del mundo, creyendo que la vida podía deslizarse de este modo eternamente.

Maltrana, al ir por la calle examinaba a las gentes con extrañeza, como si fuesen de otra raza.

La gran mayoría de los transeúntes no amaban ni eran amados. ¡Y podían subsistir así! Él apenas si se acordaba de los tiempos recientes en que vivía como en el Limbo, sin otras pasiones que leer y morder a los de arriba, no enterándose de que existían mujeres en el mundo y un sentimiento llamado amor.

Una tarde Maltrana encontró al señor Manolo el Federal en la acera de la Puerta del Sol, donde tenía establecidas sus oficinas.

—Bien, muy bien, ciudadano —dijo irónicamente el capataz—. Tú y la Feli la habéis metido hasta el corvejón. Parece mentira que hombres intelectuales que no son del cuarto estado cometan esas pifias.

Maltrana, impulsado por el remordimiento, tuvo un arranque de audacia, y habló de ir con el capataz en busca del Mosco para pedirle perdón.

—No; es demasiado pronto —dijo el señor Manolo—. No vayas, si te presentases así, de sopetón, sería capaz de tratarte lo mismo que a un gamo. Tiene unas ganas locas de matar a alguien. Déjame que yo lo arregle.

Él ablandaría poco a poco a la fiera. Mientras ellos no fueran por allá no correrían peligro alguno.

Al llegar a su casa habló Maltrana de este encuentro. Feli lloró un poco, pero su dolor fue más breve de lo que esperaba Isidro.

—Que arregle tío Manolo todo eso —acabó por decir—; que nos perdone padre. Pero nada de separarnos, ¿eh? Contigo, siempre contigo.

Transcurrió algún tiempo sin que nuevos encuentros viniesen a recordar a los dos amantes el grave trastorno que habían causado con su fuga en la vivienda del cazador.

Isidro carecía de trabajo, pero aún duraba en las prudentes manos de Feli una parte del dinero del marqués de Jiménez. Había visitado a este, por si le ocurrían nuevas ideas y le tentaba el deseo de publicar otros libros; pero el prócer estaba en plena luna de miel literaria.

La obra reinaba esplendorosa, con su magnífica cubierta, en los escaparates de las librerías. ¿Venderse?... Ni un ejemplar.

El prólogo del jefe lo habían publicado todos los periódicos de Madrid.

—¡Qué hombre, amigo Maltrana! —exclamaba el senador—. ¡Qué talento! ¡Y qué modo de escribir... tan castizo!

Se olvidaba, en su entusiasmo, de quién era el que lo escuchaba, y seguía en sus elogios al jefe y a la bondad con que le cubría de alabanzas.

Isidro quería salir de su mísera situación antes que se agotase el dinero del libro del marqués, administrado por Feli con escrupulosa economía.

De vez en cuando, una traducción que le proporcionaba un amigo, un artículo que conseguía colocar en un periódico ilustrado, sostenían instantáneamente el descenso de su fortuna. Pero esto no era bastante: le faltaba el ingreso regular y seguro para mantener su vida.

Pensó un momento en hacer un esfuerzo de voluntad y entrar en la redacción de un periódico...

Hubo instantes en que confió su salvación a libros originalísimos que se le ocurrían, y que, según él, estaban destinados a producir gran escándalo en el público. Pero ¿quién iba a imprimirlos?

Comenzaba a dudar de su fuerza, desvanecía la fe de aquellos momentos de bienestar, en los que creía en asombrosas ascensiones hacia el triunfo.

—¿Qué tienes, Isidrí? ¿Qué te pasa, rico mío?

Le acariciaba como una madre; hundía sus manos en la crespada cabellera, mientras Maltrana respondía entre suspiros. Nada, no tenía nada: jaqueca, cansancio de no trabajar, aburrimiento.

La juventud y el amoroso contacto de sus cuerpos acababan por desvanecer esta lluvia de lágrimas. Abrazábanse con los ojos todavía húmedos, sentían la necesidad de estrecharse, de hacer frente con mayor solidez a la desgracia, y los besos sucedían a los llantos, entregándose al amor con un resto de melancolía que proporcionaba a su placer nuevas dulzuras.

Feli se acostaba después de medianoche, aguardando en la oscuridad la llegada de Isidro, creyendo que era él cada vez que sonaban pasos.

Isidro, con aire fatigado, desnudábase junto al lecho. ¿Qué hora era? Las tres, las cuatro. El joven excusaba su retraso hablando de los deberes que pesan sobre un escritor, de las exigencias del oficio.

La alegre embriaguez de Maltrana hacía contemplar a Feli con ojos amorosos. ¡Qué hermosa la veía en el desorden del sueño, con el pelo alborotado y las mejillas sonrosadas, mostrando su pecho, de suave palidez de camelia, por entre las modestas puntillas de la camisa, cruzando tras la cabeza el marfil de sus redondos brazos! Era la musa de la juventud. Isidro la besaba en el rostro, en los hombros, en los pechos, en todos los adorables rincones de su carne que la muchacha iba dejando al descubierto al revolverse en la cama, estremecida bajo el chaparrón de caricias que le arrancaba sofocadas risas, lamentaciones de irresistible cosquilleo.

—Déjame, mala persona —gemía riendo—. Déjame o chillo.

Feli sonreía con estos arrebatos de su amante. Le placía verle alegre. Se había dormido pensando en la necesidad de decirle una cosa.

Maltrana inclinó su cabeza para oír mejor.

—Habla: dime qué es eso.

Pero Feli se resistió a hablar, ocultando su cara al mismo tiempo que sus mejillas se enrojecían intensamente. No; así no. Temía que alguien la oyese, que sus palabras llegasen hasta el devoto, que dormía al otro lado del tabique. Extendió sus brazos para coger la cabeza de Isidro y la aproximó a su boca, hablándole al oído, largamente, con mimo infantil.

Cuando Maltrana se incorporó, ya no le brillaban los ojos. Se había disipado el gesto risueño de su embriaguez: había perdido las ganas de dar vivas a la juventud y al arte.

La paternidad acababa de arrojar su fardo de inquietudes, de graves afectos y penosos deberes en medio del camino de su amor.

¡Un hijo!... Adiós, juventud. Maltrana creyó que caía de golpe sobre sus hombros la capa de plomo de los años: vio más triste la miseria en que vivía.

VIII

Sufrió Maltrana un gran cambio en su vida. El dinero iba desapareciendo, sin que los tardos e irregulares ingresos bastasen para sostener la casa.

Feli le pareció menos agradable. Trataba a Isidro con el cariño de siempre, le cuidaba y mimaba con aquella adoración que hacía de ella una devota; pero tenía crisis de inexplicable tristeza, que parecían contagiarle a él.

Muchas veces, al volver Isidro a casa, la sorprendía de bruces en la cama llorando silenciosamente.

—¡Pero qué tienes! —gritaba con tono colérico—. ¡Qué te pasa!...

Nada: lloraba sin saber el motivo. La maternidad trastornaba su débil organismo. La invadía una intensa tristeza, atormentando su imaginación.

Isidro sorprendía algunas veces en su mirada una curiosidad molesta, como si le contemplase por primera vez, como si le examinara a una nueva luz, viéndole totalmente cambiado.

Amaba a Feli con un nuevo afecto, plácido y tranquilo.

Del amante apasionado que se arrodillaba ante ella con la embriaguez de la carne, llamándola Venus, quedaba muy poco. ¡Pobre Venus! La diosa deformábase con la maternidad. Una hinchazón monstruosa rompía las líneas armónicas y dilataba las curvas admirables. Aquellas botas de color de limón, que eran el orgullo de Feli, ya no entraban en sus pies. La muchacha sentía el trastorno de sus entrañas en forma de náuseas, vahídos y crisis de nervios, y Maltrana, con su egoísmo de hombre superior, abandonaba la casa, en busca del placentero trato de los amigos.

El estado anormal de Feli coincidió con un suceso que hizo temer a Isidro por la vida de la muchacha.

—¿Tú no habrás leído los papeles de hoy? —le preguntó el Federal—. Pues bien: el Mosco ha muerto: mejor dicho, le han matado. Los esbirros han conseguido lo que deseaban.

Y relató la muerte trágica de su hermano. Los diarios dedicaban al suceso unas cuantas líneas. Aquel homicidio en tierras reales no inspiraba interés. El Mosco y su acólito, el Chispas, habían caído en una emboscada de los guardas. El maestro había muerto acribillado de plomo; su discípulo y acompañante estaba en el hospital, con dos balazos en un hombro.

—La cosa fue anteanoche —continuó el capataz—. Yo lo supe ayer por la tarde: vinieron a decírmelo de las Carolinas... No he querido ir a verle. ¿Para qué? ¿Voy acaso a resucitarlo?... Ya estará enterrado; los que le vieron dicen que estaba hecho una lástima. Un balazo en la frente, otro en la boca: plomo por todas partes. Apenas si pudieron reconocerle; tan desfigurado estaba.

La muerte de Mosco impresionó a Maltrana. Pensó con remordimiento que tal vez tenía él cierta intervención en esta catástrofe. El dañador, empujado por la cólera, se había entregado a sus expediciones, como si retase a la muerte.

Cuando subió, le esperaba Feli con la mirada interrogante y la cara triste como si el instinto femenino le avisase la desgracia.

Los rodeos que empleó Isidro para contestar aguzaron su instinto. En un momento columbró la verdad.

—No digas más, Isidro —murmuró—. No te esfuerces: no me tengas miedo. Yo soy fuerte. ¿Es que lo han matado en el bosque?

Acogió con serenidad la fúnebre noticia. Maltrana admiró su firmeza; era digna hija del Mosco. Aquella mujercita débil, que muchas veces lloraba sin motivo, permaneció inmóvil, con los ojos secos, al conocer la desgracia.

Una pregunta parecía vagar por sus labios, atormentándola con inquietud.

—¿Tú crees, Isidro —dijo al fin—, que no tenemos ninguna culpa en la muerte de mi padre?

La misma pregunta elevaba sus interrogantes en el ánimo de Maltrana, pero este se apresuró a tranquilizar a su compañera. No; ninguna responsabilidad les correspondía a ellos. El Mosco había muerto por temerario. Era el fin lógico de una vida de aventuras.

Feli sentía aumentar sus náuseas y su inapetencia con este asqueroso renacimiento que la rodeaba.

Apenas comía. La escasez, las preocupaciones de la miseria, aumentaban su debilidad. Maltrana la veía ajarse, perder la viveza de su juventud, como si la consumiese aquel ser oculto que devoraba lo mejor de su vida.

También el joven experimentaba grandes crisis de desaliento. Volvía a casa con el gesto triste, se dejaba caer en la cama, diciendo que quería morir. No encontraba trabajo. Iba de un lado a otro visitando a los amigos, haciéndose visible en las redacciones de las revistas, sin conseguir una traducción ni que le admitiesen un artículo. La vida estaba paralizada: todos los que podían darle algo se hallaban ausentes.

Recordaba con amargura las declamaciones que muchas veces había leído sobre la miseria de los desheredados de la clase obrera. ¡Ay! Ellos, al menos, no perecían de hambre en medio de la calle. El hombre de fatiga siempre encontraba un mendrugo y una copa de vino para salir del paso. Pero ¿y él?, ¿qué iba a ser de él, envenenado por una instrucción que de nada le servía, falto de la fuerza brutal con que se ganaban el pan los desgraciados de blusa?...

En estos momentos de desesperación, pensaba en *El bachiller*, de Julio Vallés, una de las obras que más le habían impresionado, por ver en ella la negra historia de su existencia. Acudía a su recuerdo la dedicatoria del libro, desolada, de inmensa tristeza: «A todos los que, nutridos de griego y de latín, están muertos de hambre».

Él pertenecía a esa legión de desgraciados cuyas quejas no encontraban eco, que imploraban el pan con la timidez de su levita raída, que hacían reír con lo grotesco de su miseria, sin infundir miedo como los obreros manuales.

Maltrana pensó por primera vez si el gran error de su vida era haberse dejado arrancar del campo de miseria donde nació; si aquella buena señora, su protectora, habría sido, sin saberlo ni quererlo, la mala hada de su destino; estaba condenado a eterna hambre por soñar con la gloria y haber vestido las raídas ropas del bohemio, cuando su salud consistía en seguir dentro de la blusa de sus mayores.

Feli, a pesar de su debilidad, encontraba fuerzas para animarle. Se acababa el dinero y no tenían esperanzas de que llegase más. Pero ella le ayudaría: estaba habituada al trabajo.

Y la pobre muchacha, anémica por la falta de nutrición, abrumada por el peso de su vientre, tuvo un arranque de energía sobrehumana, de esos que únicamente puede realizar la nerviosidad femenil. Le era imposible volver a la fábrica de gorras: estaba muy lejos y además no la admitirían después del escándalo de su fuga. Pero conocía otros oficios menudos e insignificantes, de los que están al alcance de las muchachas pobres y las ayudan a engañar el hambre. Haría *flores* para los corsés, se dedicaría a embalarlos. Conservaba cierta amistad con la dueña de un taller, por haber trabajado para él cuando escaseaba la faena en la fábrica de gorras.

Isidro se opuso. ¡Trabajar ella, mientras él permanecía en forzosa inacción! ¡Trabajar, cuando estaba enferma y el desarreglo de su organismo la obligaba a largas horas de inmovilidad!... Adiós, idilio. Maltrana creyó que su dicha amorosa huiría para siempre así que aquellas manos hermosas se viesan sometidas a la esclavitud del jornal. El engranaje de la miseria agarraba a sus víctimas para no soltarlas jamás. Si ella

trabajaba, viviría siempre condenada al trabajo: jamás tornarían a su nido la alegría y la abundancia. Antes morir los dos de miseria, que ver a la adorada, a la dulce Feli, degradándose de nuevo con las fatigas de la obrera. Ella era una señorita; la mujer de un escritor.

La muchacha acogió estas protestas encogiéndose los hombros. El buen sentido femenino le hizo despreciar tales preocupaciones, y una noche, al regresar Maltrana a su casa, vio la habitación llena de corsés, corsés de pobre que Feli había recogido en el taller. Pasaba las horas con el busto inclinado sobre su enorme vientre, en el que descansaban los armazones de lienzo. Hacía las *flores*, los respaldos que adornaban los extremos de las ballenas. Era una tarea costosa y mal pagada, como todos los trabajos femeniles.

Isidro se enfadó. ¿Deseaba matarse? Pero la sonrisa de Feli contuvo sus protestas. Señalaba con los ojos aquel cajón de la cómoda donde metía el dinero. Apenas quedaban unas pesetas de lo que les trajo el tío Manolo. No habían pagado los dos últimos meses de inquilinato al señor Vicente; debían en varias tiendas; él tendría que renunciar a la peseta que le daba de vez en cuando para tabaco, a los banquetes de *juventud*, a aquellos gastos que consideraba necesarios para *hacerse ver*, para *refrescar* el nombre literario.

Se entregó al trabajo con valentía femenil, mostrando esa resistencia de que solo son capaces los seres nerviosos.

—Déjame acabar esta docena —decía sin levantar la cabeza, tenaz en el trabajo, deseosa de no perder un segundo.

Maltrana sentíase avergonzado por este sacrificio. En la calle se acordaba de Feli con remordimiento. Era abominable que él pasease inactivo, mientras la pobre joven vivía trabajando en este ambiente de horno.

Isidro, avergonzado de su inacción, se dedicó a acompañarla cuando devolvía el género al taller, ya que no podía hacer otra cosa. La primera vez había dejado que la pobre Feli, arrastrando las piernas y llevando por delante sus pesadas entrañas, cargase con el fardo para llevarlo cerca de la Puerta del Sol. Él era un intelectual, con muchos amigos, y aunque la mayoría de estos se hallasen fuera de Madrid, temía que alguien le viera cargado con un fardo. Pero cuando vio por segunda vez a Feli empaquetar su trabajo soplando de fatiga, resignada, con sonrisa triste, sintió hondo remordimiento.

—Deja eso, nena —murmuró avergonzado—. Yo lo empaquetaré, yo te lo llevaré hasta la puerta de la tienda. Es una canallada permitir que vayas sola.

Salían cada dos días, luego de cerrada la noche, cargados con aquellos paquetes, por cuyo trabajo daban a Feli unos cuantos reales. Maltrana seguía la acera pegado a la pared, con cierta vergüenza, ocultando la cara, lanzando oblicuas miradas para reconocer a los transeúntes. La joven, a pesar de la torpeza de sus piernas, esforzándose por seguir su rápido paso, semejante a una fuga. Jadeaba al trotar, moviendo su vientre con doloroso vaivén.

Los dos amantes, en su lento regreso, discutían el empleo del dinero que acababan de cobrar. No bastaba para las más rudimentarias necesidades. Feli percibía cincuenta céntimos por cada docena de corsés. Apenas si trabajando día y noche podía juntar un par de pesetas. Mentalmente ajustaba sus cuentas; tanto en la plazuela, tanto

en la tienda: no bastaba este dinero para salir de apuros, y eso que habían suprimido el café y el vino, y no comían más que lo necesario por no perecer de hambre.

Maltrana ya no pensaba en si la vida era alegre o triste, negra o de color de rosa. La vida era sencillamente un aburrimiento, y el helenismo una farsa de los libros. Los atenienses sin dinero, sin esperanzas y con una hembra amada a quien sostener, de seguro que lo habrían visto todo gris, aunque cabrillease el sol de los poetas en las aguas del Pireo, aunque brillasen con divina sonrisa los mármoles del Partenón y las aulétridas se pasaran el día soplando en sus dulces flautas. La miseria era un endriago de invencible fealdad. No había arte que pudiese embellecer su horripilante mascarón.

Una noche, al pasar por la Puerta del Sol, fijáronse los dos en los gritos de los vendedores de periódicos. Pregonaban «la horrible catástrofe» ocurrida aquella mañana, con incalculable número de muertos y heridos.

Compraron el periódico, y Maltrana leyó a la luz de un farol el sumario en letras grandes que encabezaba el relato del suceso. Habíase hundido en las primeras horas de la mañana aquel edificio en el que trabajaba el señor José. Instantáneamente tuvo Maltrana el presentimiento de la desgracia.

Buscó en el papel los nombres de las víctimas. Eran muchos los heridos que agonizaban. Entre los escombros solo se había recogido un cadáver, el del único obrero muerto instantáneamente, y este era el señor José.

Maltrana experimentó una dolorosa sorpresa. Recordó a su madre: pensó en el agradecimiento que sentía la Isidra por las bondades de su compañero. ¡Pobre señor José!

Isidro quiso también acompañar el cadáver hasta el cementerio. Era todo lo que podía hacer por su padrastro.

Los alrededores del depósito estaban ocupados por grupos de hombres con blusas blancas, de mujeres con los brazos arremangados, que acababan de salir de los lavaderos.

Todos comentaban la catástrofe con gritos de cólera y maldiciones. Las mujeres eran las más audaces y ruidosas. Miraban hacia Madrid, levantando los brazos con expresión amenazadora.

—¡Ladrones!, ¡ladrones!... Matan a los trabajadores para hacerse ricos. Solo les importa el negocio, y los pobres que mueran como perros.

Maltrana entró en el depósito, abriéndose paso en la masa de blusas y vio el cadáver del señor José sobre una mesa de mármol, dentro de un modesto ataúd que habían costado los del oficio.

Según dijeron al joven, tenía rota la espina dorsal, quebrado su esqueleto por varias partes. La cara mostrábase intacta, contraída por un gesto de inmenso dolor. Isidro solo pudo ver uno de los ojos, desmesuradamente abierto, que parecía fijar en él la vidriosa pupila. Creyó leer en este globo mate, de fúnebre vaguedad, el último pensamiento de la víctima, la maldición que pasó como un relámpago por su cerebro al dejar de existir.

Maltrana dejó de ver al señor José. Los compañeros clavaron la caja, cubriéndola con la bandera roja de la asociación.

El féretro comenzó a romper el oleaje del gentío, llevado en hombros por un grupo de albañiles. Cuando Isidro salió del depósito, siguiendo la roja tela, vio la orilla del río, el puente y la glorieta de Toledo cubiertos de blusas blancas, de sombreros y gorras que se elevaban, dejando las cabezas al descubierto al paso del ataúd.

El entierro avanzó sin titubear. Las mujeres vociferaban en torno del féretro, iracundas, llorosas, como si el rudo sol del verano mordiese con agresiva demencia sus cabezas despeinadas.

—¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡A Madrid! ¡A arrastrar a los asesinos!

Otras señalaban el féretro con trágicos ademanes de plañidera. No conocían al señor José, pero gritaban roncas de emoción:

—Ahí va la honra del mundo; un trabajador bueno; un hombre de blusa. ¡Pobrecito! ¡Y los que le han matado, guardándose los duros!

Sobre la masa de cabezas se alzó como contestación un largo palo, y en su punta un guñapo negro que parecía una mortaja. Era la bandera de cólera y dolor improvisada por un grupo de muchachos.

Y las mujeres eran las primeras en agarrarse a las puntas del féretro, empujando a los portadores para que rompiesen las filas de la fuerza pública.

Isidro no supo cómo se inició el choque. Vio de pronto arremolinarse la gente delante del féretro: sonaron gritos, golpes secos, semejantes a los de la ropa blanca sacudida. Sobre las cabezas del gentío brillaban al sol, como cintas blancas, los pesados asadores esgrimidos de filo.

Más aún que los sablazos, irritaron a la manifestación los palos de ciertos hombres sin uniforme, que iban en el entierro, escuchando lo que se hablaba en los grupos, y que, al sonar los primeros golpes, habían enarbolado el vergajo. La muchedumbre bramaba contra los canallas de *la secreta*.

Un grupo de mozuelos, apostados en los solares inmediatos, hacía frente a los acometedores con la arrogancia de la juventud. Eran los valientes que surgen en toda revuelta, los héroes de la calle que son cantados por la más alta poesía cuando triunfa una revolución, o van a la cárcel con los rateros cuando intervienen en un motín.

—¡Fusiles! —rugían mirándose unos a otros, como si pudieran proporcionárselos—. ¡Ay, si tuviéramos fusiles!

Y había en su gesto una expresión heroica, la resolución de morir matando, de perseguir a los enemigos hasta el centro de Madrid. A falta de armas, recogían del suelo las piedras, los cascotes, los pedazos de lata, los zapatos viejos, arrojando una lluvia de proyectiles sobre la policía. Esta, habituada al impune apaleo de la muchedumbre sin armas, permanecía indecisa titubeando con cierta inquietud ante un enemigo resuelto que, no contento con atacar, avanzaba audazmente.

Los polizontes disparaban sus revólveres avanzando con paso de héroes, eligiendo sus blancos en aquellas espaldas que huían por todos lados.

El joven no quiso huir: se quedó junto al féretro, presintiendo que allí sería mejor su seguridad. Además, era el único pariente del muerto que iba en el cortejo, y no debía abandonarle.

Isidro se sentó sobre la fúnebre caja, temiendo una nueva profanación, y se replegó aturcido y temeroso por el estrépito de los tiros.

Después brilló sobre su cabeza el relámpago de un sable, y el joven se encogió aún más para evitar el golpe.

—Déjale: ¿no ves que es un señorito?...

Por primera vez en su vida, se dio cuenta de las ventajas y privilegios de aquel traje, que era para él un uniforme de miseria.

Sufría privaciones; el hambre rondaba en torno de él, señalándolo como uno de sus siervos; pero pertenecía, por su aspecto y sus costumbres, a la raza de los felices. Era un señorito. Estaba por encima de aquellas gentes que conquistaban el pan con más frecuencia que él, pero sentían la caricia del palo apenas intentaban pedir, como añadidura al mendrugo, un poco de justicia y de piedad para su vida.

IX

Isidro encontraba cada vez más dura y difícil su existencia. Las dos pesetas que ganaba Feli en el emballenado, trabajando todo el día y gran parte de la noche, y los escasos reales que podía juntar a la semana, llenando cuartillas a diez céntimos, con destino a la revista social, no bastaban para las atenciones de su subsistencia. El orden y el método en la nutrición, que embellecían los primeros tiempos de su vida común, habían desaparecido con la miseria. Feli necesitaba todo su tiempo para el trabajo, y apenas si de tarde en tarde podía entrar en la cocina.

Maltrana, con toda su altivez intelectual, vigilaba el fogón, y a falta de ocupaciones más importantes, aprendía de Feli el secreto de los guisos. ¿Dónde estaban aquellos pucheretes sabrosos de su luna de miel, aquellos platos que daban ganas de comerse a besos las manos de la amada hacendosa?

Cuando les faltaba en absoluto el dinero, Maltrana lanzábase a la calle. Su descenso del cuarto piso comparábase a la bajada del lobo desde las cumbres a la llanura, empujado por el hambre.

La miseria les estrechaba cada vez con mayor crueldad. Feli estaba fatigada; había perdido la fortaleza de sus primeros días de labor. Avanzaba su embarazo. Con un supremo esfuerzo de la voluntad, inclinábase ante la obra emballenando los corsés, bordando a manos las flores; pero apenas tenía acabada una docena, coloreábase su rostro con una ola de sangre, su cabeza daba vueltas, y echando atrás el cuerpo, cerraba los ojos como si fuese a desvanecerse. No podía trabajar más.

También habían vendido sus ropas de invierno, aquel traje de gran gala adquirido en la calle de Toledo, que marcaba para Feli el momento más culminante de su bienestar.

Maltrana, que en otros tiempos había hecho frente a la miseria con la alegre inconsciencia del pájaro errante, se desesperaba y sentía pasar por su cerebro los más lúgubres pensamientos al ver a Feli, resignada y silenciosa trabajando con sobrehumano

esfuerzo, mientras la cocina estaba fría y no se encontraba en los rincones el más pequeño mendrugo.

Isidro notó que el señor Vicente retardaba sus salidas, o volvía a casa muy temprano, como buscando una ocasión para hablar con él. Le miraba por la puerta entreabierta, al pasar por su biblioteca mascullando oraciones, pero no osaba pasar adelante, como si temiese abordarle en presencia de Feli.

Una mañana, al salir Isidro, vio que el señor Vicente abandonaba al mismo tiempo su habitación, como si le esperase. Los dos se juntaron en el rellano.

—Señor de Maltrana, tenemos que hablar.

Le dolía mucho lo que iba a decirle, pero le obligaba la necesidad. Debía buscar una nueva casa; él abandonaría aquella apenas acabase el mes.

—No puedo, señor de Maltrana; no puedo pagar el alquiler. Y no es que intente echarle en cara el no haberme ayudado. ¡Ave María! Usted no pagó su parte porque no pudo..., pero yo me voy. Meteré los libros en cualquier sitio: me los guardará ese señor sacerdote que usted ha visto algunas veces. Viviré con el pobrecito zapatero; él y su familia desean tenerme con ellos, cuidarme un poco, que bien lo necesito.

Maltrana quedó anonadado por el nuevo infortunio que caía sobre él. ¿Adónde ir? Pero la nerviosidad de la desgracia, que agriaba su carácter le hizo acoger con altivez esta contrariedad.

Y arrastrado por su afán de catequista añadió:

—Lo que usted debe hacer, señor de Maltrana, es ponerse bien con Dios; dar a ese ángel de bondad que vive con usted lo que le pertenece; unirse a ella como dispone la Santa Madre Iglesia.

Isidro adivinó lo que el hermano quería decir. Se había enterado de que él y Feli no eran casados.

—Que seamos casados o no, ¿qué les importa a ustedes? —dijo con violencia—. Nos queremos; soportamos juntos nuestra miseria; somos compañeros de suerte, sin necesitar de documentos. ¿Qué delito hay en esto?

El hermano levantó los hombros con inmensa extrañeza como escandalizado de que se pusiera en duda este pecado.

Maltrana creyó inútil el seguir hablando. El hermano estaba resuelto a separarse, y Maltrana no quiso rogar ni que el devoto conociese el grave daño que le infería con esta inesperada resolución.

Y volvió la espalda al señor Vicente, con despectiva arrogancia, afirmando que aceptaba como un gran bien el perder de vista al beato y sus amigos.

Pero al verse en la calle, toda su altivez se derrumbó de golpe. A la cólera sucedió el desaliento. ¿Qué iba a hacer?, ¿adónde ir?... Le anonadaba el pensar en Feli, enferma, debilitada por el trabajo, no pudiendo vivir como él al aire libre, confiada al azar de la bohemia, y que además llevaba en su seno una nueva amenaza del porvenir.

Maltrana pensó en la abuela y en su tesoro. La señora Eusebia era rica, todos los vecinos lo afirmaban. El joven se encolerizó al pensar en la misteriosa fortuna de la

avarienta trapera. Él era su nieto y sufría hambre, teniendo derecho a una parte del tesoro oculto...

Cuando llegó al cerrillo en cuya cumbre estaba la cabaña de Zaratustra, tuvo, como siempre, que espantar con pedradas a los perros del trapero.

—Abuela, soy yo..., Isidro.

—¡Quién podía esperarte!... ¡Tanto tiempo sin venir a verme! Desde que hiciste la calaverada con la chica del Mosco...

—Abuela, para ahorrar palabras —dijo con gravedad—. Voy a pegarme un tiro, y antes he querido verla, despedirme de usted para siempre.

La vieja se persignó. ¡Alabado sea el Señor! ¿Pero se había vuelto loco?

Con ojos de asombro escuchó al nieto que le relataba sus miserias. Ni dinero, ni casa; y la pobre compañera, enferma, sin otra esperanza que dar a luz a su hijo en medio de la calle.

Maltrana, influido por los comentarios de la gente, que afirmaba la riqueza de la tía Mariposa, creía percibir en sus palabras una hipócrita falsedad.

—¡Abuela!, ¡abuela! —exclamó con tono suplicante.

Y para vencer su dura avaricia, le describió su situación. Nada le pedía para él. De verse solo, como en otros tiempos, no vendría a molestarla. Lo mismo que había vivido haciendo frente a la desgracia, seguiría viviendo. Pero estaba la otra, la infeliz Feliciano, la mártir, que vivía tranquila con su padre y a la que él había arrastrado fuera del hogar, para que participase de su suerte. No podía abandonarla. Moribundo de hambre, se quitaría el pan de la boca para dárselo; su sangre le parecía poco para apagar su sed.

La vieja, viendo llorar al nieto, lloraba también, restregándose los ojos con la punta del delantal.

—Tienes razón —gemía—. Hay que hacer algo por ella. Así deben ser los hombres. Bien se ve que la quieres.

El instinto de la familia despertó en la avara. Volvió a gemir, a llevarse el delantal a los ojos, pero sin moverse, sin acceder a las súplicas de su nieto.

—Adiós, abuela. Quédese usted con lo suyo. Ya sé lo que debo hacer.

Pero antes de que volviese la espalda, la trapera se abalanzó a él.

—Isidrin..., hijo mío, quédate. Tendrás lo que quieres: todo lo de tu abuela será para ti; aunque me quede en cueros, aunque me muera de hambre.

La emoción había ablandado su dura avaricia; la tristeza del nieto le infundía miedo. Además, en su pensamiento senil estaba fija la imagen del biznieto, de aquella criatura que aún había de venir y la llenaba de orgullo.

—Te lo daré todo, ¡todo! —dijo misteriosamente al oído de Maltrana.

Después miró a los inmediatos cerros con inquietud, como si temiese la presencia de algún curioso.

—Vigila bien —añadió—. Apenas veas el carro del tío Polo, avisa. Mucho ojo.

Transcurrió mucho tiempo. Isidro se imaginó los trabajos que estaría realizando la abuela con sus manos trémulas para extraer del escondrijo aquel tesoro famoso que Zaratustra husmeaba, sin llegar nunca a dar con él. Por fin salió, sucia de telarañas, con el pañuelo de la cabeza cubierto de paja.

Un resplandor de oro, de piedras preciosas, de objetos de gran brillo, que aún parecían más esplendorosas en este ambiente de miseria, hirió los ojos del asombrado Maltrana. El tesoro era cierto. ¡Vive Dios! La realidad tenía sorpresas de cuento fantástico. El joven pensó por un instante en las novelas de portentosas aventuras leídas en su juventud.

La vieja se gozaba en el asombro del nieto.

Maltrana había cesado de mirar el tesoro para contemplar a la Mariposa con unos ojos en los que se leía el asombro y la compasión al mismo tiempo.

—¿No hay más, abuela? —preguntó dulcemente—. ¿Solo tiene usted esto?

La Mariposa le miró escandalizada.

—¿Qué?, ¿aún te parece poco? ¡Pero, muchacho, si hay ahí para comprar todas las Carolinas! Fíjate, Isidrín: ¡es un tesoro!

Maltrana no necesitaba fijarse mucho. Pasado el primer deslumbramiento, había visto la falsedad escandalosa de las joyas, enormes y absurdas, que brillaban en la cumbre del montón de baratijas. Eran adornos de teatro ridículamente fastuosos, de metal dorado, con piedras de diversos colores, cuya grandeza hacía temblar de emoción a la pobre Mariposa.

Isidro únicamente apartó lo que la Mariposa consideraba de menos valía: un par de docenas de cucharas de plata de diferentes formas y tamaños, caídas, sin duda, durante el fregado en el estiércol de la cocina; una cadenilla de oro, un sonajero infantil del mismo metal y cuatro sortijas lisas, de algún peso.

La Mariposa seguía con atención el apartado que realizaba su nieto, sonriendo al ver que se satisfacía con lo más humilde del tesoro, abandonando las grandes joyas, los objetos brillantes que le llenaban de orgullo.

—Haces bien —murmuraba—. Con eso que te llevas tienes bastante para el momento. Lo demás te lo guardará la abuela, y cuando yo falte será para ti.

A impulsos del agradecimiento, desató una de las puntas del trapo, sacando del nudo unas cuantas monedas de plata.

—Toma, Isidrín —dijo—. Todo el dinero que tengo. Para que lo añadas a esas cosillas, ya que no has sido exigente. Lo menos llevas ahí siete duros entre pesetas dobles y sencillas.

Maltrana se metió la cantidad en el chaleco. Después fue distribuyendo por los bolsillos de su traje las cucharas y los otros objetos.

Después miró con inquietud a lo lejos, poniéndose una mano sobre los ojos.

—Tú que tienes mejor vista, Isidrín: ¿no es aquel carro el del tío Polo?... Sí que es: ya está ahí ese judío, ese camastrón que no piensa más que en apandarme el tesoro. Huye, Isidrín: que no nos pille aquí; que no huelga a gato.

Isidro descendió del cerro por los sembrados para no encontrarse con Zaratustra, pensando, mientras caminaba, en el medio de sacar unas pesetas más del famoso tesoro oculto en sus bolsillos.

X

Bien entrado el otoño, Isidro y Feli fueron a vivir en las Cambroneras.

Más aún que los tormentos del hambre, temía Maltrana las inquietudes y desasosiegos que traía consigo el alquiler. Feli solo se preocupaba de asegurar el techo. Realizaba economías asombrosas, para ir juntando poco a poco el dinero de la casa. Ya tenía tres pesetas, ya tenía un duro, ya se aproximaba, lentamente, a los dos, y de pronto surgía una necesidad imperiosa, una exigencia ineludible, el pago a la tienda, que se negaba a fiar más sin recibir algo a cuenta, la compra de material para el emballenaje de los corsés, la necesidad de echar unas suelas a las botas únicas de Maltrana, mientras este permanecía prisionero en el cuarto; y de este modo la mala fortuna llevábase todos los ahorros, sin dar tiempo a que se completase el importe del alquiler.

En las Cambroneras encontró un cuarto independiente y decidió trasladarse a este barrio, habitado por gitanos, que le parecieron más apreciables y tranquilos que las familias de las casas de vecindad.

El alquiler se pagaba todas las noches: real y medio. Al oscurecer llamaba a la puerta el encargado de la cobranza, un hombre alto, enjuto y moreno, al que el exceso de estatura hacía cambiar arqueando la espalda.

Isidro mostrábase satisfecho de su nuevo alojamiento. Por una ventana contemplaba el río, casi a sus pies, y en la orilla opuesta las praderas pintadas por Goya, los cerros en cuya cumbre se aglomeraban los cipreses y mausoleos de los cementerios de la Almudena y San Isidro. Por otra ventana veía el escampado de las Cambroneras, un gran espacio de tierra atravesado por un riachuelo, en el que lavaban sus guñapos las gitanas, flotando sobre la corriente trapos y pedazos de periódicos.

La presencia de Maltrana y Feli en este barrio, donde no existían otros payos que los mendigos y los *quinquilleros* de las ferias, causó cierta emoción en la gitanería. Vivía la pareja fuera del callejón, en los altos de una casucha aislada, cuyo piso bajo estaba ocupado por una tienda de comestibles.

Feli, en los primeros días, había sentido gran repugnancia por su nuevo alojamiento. La daba miedo ver tanto gitano: la inspiraban inquietud estos hombres de color de bronce y mirada aviesa, como bandidos de carretera. Temía a las mujeres, viéndolas de lejos vociferar y amenazarse en un lenguaje extraño, del que solo entendía algunas palabras.

Isidro se reía de sus preocupaciones. ¿Dónde mejor que allí? Era cierto que el río olía mal, pero ya se habituarían a este hedor de los residuos de la villa.

La primera en introducirse en casa fue la Teodora, la vieja de mayor prestigio del barrio: un dechado de sabiduría; respetada hasta por los hombres.

Maltrana escuchaba con mal disimulada impaciencia la charla de la vieja. Las contrariedades de su vida, cada vez mayores, irritaban su carácter, haciéndole insufrible el parloteo de la bruja.

El invierno se anunciaba con una frialdad aterradora. Todas las mañanas aparecían las charcas del río con grandes cristales de hielo. Los gitanos permanecían en sus tabucos, ahumándose junto a las hogueras. En la casa de los amantes, ni pan ni fuego. Feli vestía sus ropas de verano, sin otro abrigo que un mantón comprado en una casa de préstamos. Isidro conservaba aún aquel macferlán de color indefinible que era como la librea de su miseria.

Maltrana salía diariamente en busca del pan. Iba a Madrid a solicitar una colocación, a *dar sablazos*, a mendigar de todas las personas conocidas.

Feli quedábase en casa, enferma, temblando de frío, fijando en el suelo su mirada de estúpida vaguedad, como si la hinchazón de su abdomen absorbiese su pensamiento.

Maltrana, con los pies helados y temblando de frío, vagaba por Madrid. Subió a la casa de un antiguo compañero para pedirle algo, aunque solo fuese una peseta, y no lo encontró. Fue al extremo opuesto de la villa en busca de otro amigo, pero tampoco estaba en casa.

Pensó, como supremo recurso, en el marqués de Jiménez. Este no podía abandonarle: le pediría socorro, aunque fuese de rodillas.

Arrastrando los pies llegó al barrio de Salamanca. Tuvo que discutir con el portero, que le cerraba el paso. El señor marqués estaba muy ocupado: no podía recibirle.

¡Pobrecillo! Se llevó las manos a los ojos, y rompió a llorar como un niño que despierta en las tinieblas y siente el vacío en torno suyo, sin que sus manos temblorosas tropiecen con el calor del pecho maternal.

XI

El mismo día de la nevada, un nuevo infortunio conmovió a Isidro.

Al volver a su casa pudo comer. El dueño del tenducho de las Cambroneras pareció apiadarse de su miseria, aceptando todas las promesas de pronto pago. La inclemencia del tiempo ablandaba al tendero, y el joven logró subir con dos panes, una botella de vino, queso y una lata de sardinas.

Feli apenas pudo comer; sentía repugnancia ante aquellos manjares. Una náusea los repelía de su boca, y de nuevo se sumió en su inmovilidad, en aquel agotamiento que la hacía permanecer como insensible.

—No veo..., no veo —gimió Feli, llevándose las manos a los ojos.

—¿Qué te pasa, nena?, ¿qué sientes?

—Dolor..., mucho dolor... —murmuró como una niña enferma.

Después se tentaba el estómago, repitiendo el mismo quejido. Inclina la cabeza, como si no pudiese resistir el peso de aquella cefalalgia, que entorpecía sus facultades intelectuales.

—Todo rueda –gimió–. Ruedan las paredes... Se abre el piso..., un agujero muy negro, ¡muy negro! Isidro, cógeme..., agárrame, que me caigo..., ¡que me caigo!

Y a pesar de que el joven la tenía fuertemente sujeta entre sus brazos, ella manoteaba, defendiéndose para no caer en el negro abismo que veía su trastornada imaginación.

Luego dio un alarido y rompió a llorar con desesperados gritos.

—Mi padre..., mi pobre padre... Míralo: está en la puerta..., entra..., nos mira; lleva una mortaja... blanca: blanca como la nieve.

Con grandes esfuerzos pudo llevarla hasta el pobre lecho y la tendió en él, creyendo terminada la crisis.

Pronto se convenció de que la crisis iba en aumento.

Las pupilas se dilataban; la boca entreabríase con el temblor de las mandíbulas o se cerraba oprimiendo la lengua. La palidez de su rostro tomaba un tinte lívido; la respiración era penosa, breve, irregular, agitada por ruidosos suspiros.

—¡Feli, nena mía; respira..., habla! Dios mío, ¿qué es esto?

Y la golpeaba las manos, tiraba de sus brazos, la soplaba en la boca como si quisiera devolver aire a sus pulmones.

Isidro corría como un loco por la habitación. Después abrió la ventana.

—¡Socorro! –gritó– ¡Teodora!... ¡Señora Teodora!

Cuando se retiró de la ventana vio a Feli revolviéndose en el suelo, rugiendo con una expresión espantable que crispaba los nervios, llena la boca de espuma que se coloreaba de rojo con la sangre de la lengua. Las convulsiones la habían hecho caer de la cama, golpeando el suelo con su vientre. El joven tuvo que realizar grandes esfuerzos para subirla y sujetarla, evitando que rodase otra vez.

Entonces oyó que llamaban a la puerta y fue a abrir para que entrasen Teodora y otra vieja.

La Teodora examinó la enferma, mientras Isidro le explicaba lo ocurrido con voz temblona. Ella conocía estos accidentes: había visto a muchas mujeres sufrir lo mismo en sus embarazos.

—Es mal del corazón –decía con la certeza que le proporcionaba su ciencia–. La *señorita* es tan poca cosa, que el embarazo la trae trastorná. Esto, en cuanto suerte la *churumbela* que yeva dentro, ya no se repite.

La gitana, ayudada por su compañera, confeccionó en la cocina su famosa infusión, de la que hizo beber varias tazas a la enferma.

Viendo tranquila a Feli, se fueron las dos viejas, recomendándola que no abandonase el lecho. Aquello no había sido más que una crisis propia de su estado: tal vez habría cogido frío. Había que cuidarse, que el tiempo era muy perro.

Al quedar solos los jóvenes, Isidro habló a la enferma del miedo que había sentido.

—Creí que ibas a morir; que te perdía en un instante.

Y añadía con sencillez, temblando aún su voz con el recuerdo de la pasada emoción:

—¡Ay, Feli! ¡No mueras, mi alma! No he sabido lo que te amo hasta esta tarde en que creí que te ibas para siempre.

—¡Pobrecito —decía lentamente—, qué susto te he dado! Aún se te conoce en la cara: estás pálido, te tiembla la voz. Ríñeme por mala. Te juro que no lo haré más. Yo contendré mis nervios: yo procuraré no dejarme llevar por ellos aunque reviente.

El frío acabó por obligarle a refugiarse en el lecho. Feli protestaba contra su empeño de permanecer en vela: sentíase bien, el peligro había pasado...

Juntáronse los dos cuerpos por la atracción del calor, pegándose el uno al otro con intensos escalofríos. Se confundían sus alientos y los sudores de su piel: experimentaban la voluptuosidad del bienestar animal, al ir calentándose poco a poco en esta comunión de sus cuerpos. Maltrana sentía la dura redondez del hemisferio materno, el contacto de aquel fardo de vida que amenazaba su porvenir.

Maltrana, escuchando la respiración de Feli, palpando en la sombra su cuerpo desfigurado por la maternidad, experimentó el mismo remordimiento que si la hubiese asesinado y tuviera el cadáver tendido junto a él.

Al volver de Madrid en la tarde siguiente, pisando la nieve convertida en fango, encontró su vivienda en revolución. Venía alegre: había logrado reunir unas cuantas pesetas, pero olvidó su gozo al ver a la Teodora con otras gitanas en torno de Feli que estaba en el lecho, sumida en el sopor de la crisis.

Habíase repetido el ataque. La enferma tenía en la frente una contusión que denunciaba su caída al suelo. Las gitanas, advertidas por una vecina, habían corrido en su auxilio.

La Teodora fruncía el ceño al hablar al joven... Don Isidro, la pobre «señorita» estaba muy enferma: estos ataques iban a repetirse con frecuencia. Eran cosas del embarazo, que se presentaba muy mal.

—En fin, don Isidro —dijo la gitana—, que hay que tomar una resolución. Pero al agua: algo durilla es la cosa, pero yo creo que la probe «señorita» estaría mejó en el hospital.

¡El hospital! Maltrana quedó aturdido como si esta palabra equivaliese a un golpe... Pasado un rato, pudo reflexionar. ¡El hospital! ¿Y por qué no? Lo habían hecho para las gentes como ellos: era un lugar de delicias, comparado con esta habitación desmantelada, en cuyos rincones creía ver encogidos los espectros del hambre y el dolor. En él habían muerto sus padres.

Pasó aquella noche sin acostarse, velando a Feli, que había recobrado sus facultades, pero apenas podía hablar. Su lengua estaba hinchada, con grandes rasguños, por habérsela mordido durante la crisis.

Isidro se explicó tímidamente, mientras ella lo contemplaba silenciosa con sus ojos que parecían agrandados por los recientes espasmos. Allí estaba muy mal: podía morir abandonada durante una ausencia suya, lo mismo que morían los irracionales, y él estremecía solo al pensarlo. ¡No, no!...

—Yo no sé cómo decírtelo, nena —murmuró con voz temblona, haciendo largas pausas—. Hay que tener valor... Si tú no quieres, no será... Podías entrar en el hospital... No; no te asustes. No en el hospital adonde van todos: en las clínicas, en la facultad. Yo tengo buenos amigos de mis tiempos de estudiante... Te verían los catedráticos.

Isidro esperaba una explosión de llanto, la protesta de una repugnancia instintiva, y quedó asombrado al ver la inmovilidad del rostro de Feli, sus ojos, fijos y tristes, puestos en él.

—No siento —murmuró moviendo su lengua con gran dificultad—, no siento más que el no verte... y el que tal vez no volveremos a vernos nunca.

—¡Feli de mi alma! —gritó Isidro—. No digas eso, no lo creas, nena mía. Volveremos a ser felices. Verás qué bien te tratan allí.

A la mañana siguiente, Maltrana salió muy temprano, dirigiéndose a la calle de Atocha, para esperar, en la puerta de San Carlos, a un antiguo camarada de la época estudiantil, que ya era doctor y ayudante de una clínica.

Apellidábase Nogueras, y era un joven de carácter alegre, pequeño de cuerpo, con lentes de grueso cristal, que tomaba a broma los lances de la vida, como si le curase de todo espanto el diario espectáculo de las miserias y desarreglos de la máquina humana.

Maltrana explicó las crisis de Feli, haciendo un esfuerzo por recordarlas en todos sus detalles.

—No digas más —interrumpió el doctor—. Los síntomas son claros. Pensaba bajar contigo a las Cambroneras para verla, pero ya no es necesario: eso es lo que llamamos nosotros eclampsia puerperal. Hay que provocar el parto, acelerarlo, o corre peligro de muerte. Tráela esta tarde; que yo te esperaré en la comisaría.

Y se fue sonriente, sin que el dolor de su camarada arañase el caparazón de indiferencia con que parecían acorazarle las desdichas humanas.

Por la tarde abandonó Feli su casa. Fue una marcha lenta, que hizo sufrir mucho a Maltrana. Al verla pasar por la puerta del tabuco creyó percibir en su oído un lamento desgarrador. Se iba para no volver; se cumplirían los presentimientos de la enferma. ¡La perdía para siempre!

Nogueras, el alegre doctor, les vio por un ventanillo del despacho inmediato y salió a su encuentro. Miraba con fijeza a Feli, y esta bajó los ojos, avergonzada... ¡Pchis! No era gran cosa como mujer...

—Cuando usted quiera, la acompañaré —dijo mostrando cierta prisa.

Por fin se miraron, sin una lágrima, sin un suspiro, abriendo los ojos desmesuradamente, con expresión de terror. ¡Iban a separarse!

Ella fue la primera en dar un paso. ¡Ay el valor de las mujeres!...

—Adiós, Isidro.

—Adiós, Feli.

Sus voces eran gemidos, pero no lloraron, no se atrevieron a besarse, a estrecharse las manos en presencia del mediquillo burlón y de aquellos enfermos que les miraban fijamente.

Ella se alejó por un corredor oscuro, precedida por el médico. Su paso vacilaba..., pero no quiso volver el rostro atrás, como si temiese perder toda su firmeza.

Maltrana salió a la calle, y a los pocos pasos hubo de apoyarse en la pared. Tenía frío: un frío de sepulcro, que se le colaba hasta el alma.

XII

Ya no volvió a las Cambroneras. Tuvo miedo de vivir en aquella casa sin Feli. Sentía el terror de los que pierden a un ser querido y no osan penetrar en la mortuoria habitación.

Necesitaba ver gente nueva, aturdirse, olvidar su tristeza.

Aquella noche volvió a la redacción después de una ausencia de tantos meses. Los compañeros le recibieron con irónicas ovaciones.

—¡Homero!... ¡Ya está aquí el gran Homero!... ¡Salud al ilustre *tabarrista*!

—Di, Homero: ¿qué has hecho de aquella muchacha tan simpática que llevabas del brazo?... ¿La encontraste en algún libro griego? ¿Era ática o beocia?

—Está en el hospital —contestó Maltrana con los ojos llorosos.

Su acento fue tan triste, que impuso silencio a los alegres compañeros.

Pasaba las noches en la redacción. Había perdido la costumbre de trasnochar. Apenas comía. Un día fue Noguerras quien, al verle, le habló primero.

—Eres padre; arriba te guardan un niño las monjas. Su salud es buena y la madre no ha salido mal del parto.

Maltrana no experimentó ninguna emoción. Solo pensó en ir a las Carolinas para dar la noticia a su abuela que, conmovida por el suceso, bajó a Madrid a recoger a su biznieto, acompañada de otra mujer. Isidro fue con ellas hasta San Carlos, pero no quiso pasar de la puerta. Le dominaba el egoísmo de su cobardía. Ya había sufrido bastante. ¿Iba a mejorarse ella porque le viese?...

Cuando salió la abuela quiso enseñarle el niño que su amiga, más joven y fuerte, llevaba en brazos.

—Míalo, Isidro —gemía la vieja llorando de alegría—. Es un querubín: ¡qué rico!... Es hijo tuyo; ¡tu retrato!

Maltrana miró esta carne palpitante, apenas contorneada, que se removía en el fondo de un mantón. Sí que era su retrato: feo, con su misma fealdad.

La Mariposa se llevaba su biznieto.

Antes de marcharse le habló de Feli.

—¡Lo que ha llorao esa chica antes de que nos llevásemos el pequeño!, ¡los besos que le ha dado!... Me preguntó por ti... Ve a verla, hombre; la pobre se alegrará, y bien lo necesita.

Maltrana pasó mucho tiempo sin visitar a Feli. Todos los días formábase el propósito de verla a la mañana siguiente. Pasaba la noche de café en café, y la madrugada de taberna en taberna, con los camaradas de vida errante, siempre triste y bebiendo para olvidar.

Por fin, una mañana se mostró resuelto; quería verla. Adivinábase cierta preparación en su aseo exterior, como si acudiese a una entrevista amorosa. Iba recién afeitado: ocultaba algo bajo las aletas del macferlán, que parecía menos viejo después de unos cuantos pases de cepillo.

El médico se detuvo ante un lecho: allí tenía a la que buscaba. Isidro tardó algunos instantes en reconocerla. Hubiera pasado varias veces ante ella sin que llamase su atención. ¡Cuán cambiada la veía!

Quedó inmóvil ante la cama, con aspecto tímido, cohibido por aquellas cabezas greñudas, mascarones de dolor y miseria, que convergían en ellos sus miradas curiosas.

—¿Cómo estás? —preguntó en voz queda.

Saludábale Feli, silenciosa, con una sonrisa que daba frío, contrayendo las arrugas de su rostro exangüe.

Al contemplar a Isidro, mostraba también en sus ojos cierta extrañeza, como si le encontrase cambiado. Había transcurrido muy poco tiempo, y sin embargo, creían verse después de larguísima ausencia.

Permanecieron silenciosos mucho rato, mirándose, pero sin atreverse a despegar los labios. Al fin, habló ella, por el impulso maternal. ¿Y su hijo?...

Maltrana fingiose enterado. Estaba allá, en la carretera de Extremadura, con su nodriza, una gran mujer buscada por la abuela. Podía permanecer tranquila.

Después le preguntó por su enfermedad. Feli hablaba con voz triste; parecía resignada a permanecer siempre allí, sin esperanza de volver al mundo. Su voz era lenta, con largos titubeos: notábase cierta incoherencia en sus palabras; se adivinaban sus esfuerzos para ordenar las frases y encauzar el pensamiento.

Mientras la oía Isidro, miraba con el rabillo del ojo a la monja, de pie junto al altar, hablando con el médico. ¡Ay, aquellas gentes, que vivían en diario contacto con la miseria humana! ¡Qué duros, qué fuertes!

Maltrana no sabía qué decir. La tristeza creaba un gran vacío en su pensamiento. Además, le cohibían tantas miradas fijas en él. Era un martirio permanecer ante Feli sin poder cogerla de la mano, atemorizado por los ojos hostiles de la monja.

Se echó atrás las aletas del abrigo y dejó sobre la cama un mazo de violetas que llevaba oculto. Su perfume pareció dulcificar aquel ambiente, que olía a carne enferma y antisépticos.

—¡Ay, flores! —dijo Feli con vocecilla infantil—. ¡Flores!

Y su mirada acarició a Isidro con expresión de gratitud. Era un poco de poesía esparciéndose sobre la cama del hospital. ¡Flores!...

Nogueras carraspeó con insistencia, llamando a Maltrana. La entrevista se prolongaba demasiado.

Isidro cogió la mano amarillenta que ella le tendía.

—Adiós, Feli..., adiós, nena. Volveré.

La enferma le recordó su promesa. Debía traerle naranjas y flores, ¡muchas flores!

El trastorno mental de sus crisis la hacía olvidar la penuria del amante.

Transcurrió una semana sin que volviese. Una mañana el doctor vio a Maltrana con aspecto más miserable aún: parecía un pordiosero, sucio, roto, entregado a su abandono, sin el auxilio de una mano femenina que le adecentase. Nogueras tenía prisa. Había estado dos días fuera de Madrid por un asunto profesional, y le esperaban en la facultad.

—Una mala noticia, Isidro. Aquella muchacha ya no vive.

Maltrana abrió los ojos con asombro, como si esta noticia rebasase los límites de lo posible:

—¿Estás seguro? ¿Lo has visto tú?

Nogueras hizo un gesto displicente.

—¿Qué tiene de extraordinario su muerte?... Era de esperar. Ha muerto, y todos nosotros moriremos también... Yo no la he visto, tengo otras cosas a que atender. Pero el mismo día que salí de Madrid me lo dijo el compañero. Acababa de morir.

Maltrana quedó inmóvil, con la cabeza baja, anonadado por la noticia. Después fijó en el doctor sus ojos interrogantes.

—¿Y qué han hecho de ella?... ¿Y el cadáver? ¡Dime, por Dios, dónde la llevaron!...

Sentía un remordimiento inmenso por su egoísmo y su cobardía. Deseaba visitar su tumba, ya que había pasado los días vagando, sin atreverse a verla en el hospital.

El doctor le contestó con una sonrisa que daba frío. Su tumba era la fosa común, adonde iban todos los muertos pobres. La infeliz muchacha no tenía parientes ni quien pagase los gastos de su entierro. Isidro no se había presentado para arreglar las cosas, y era seguro que su cuerpo, antes de ir al cementerio, habría pasado por la sala de disección. ¡Sufrían tal escasez de cadáveres!

Vagó por las calles haciendo esfuerzos por no llorar. La gente le miraba, y fatigado de esta curiosidad, quiso salir de la población, caminar por el campo.

Veía las casas al través de densa niebla; las personas y los carruajes pasaban junto a él como fantasmas sin ruido alguno. No pensaba: creía tener hueca la cavidad de su cráneo; le zumbaban las sienes. Su lengua repetía por lo bajo con una tenacidad estúpida:

—¡Despedazada!..., ¡despedazada!

¡Feli! ¡Feli!... Repetía su nombre, recordando los mil detalles de su amorosa intimidad. La oreja sonrosada, cuyo lóbulo mordía dulcemente, al mismo tiempo que murmuraba palabras dulces; su cabecita, que en las noches de invierno se refugiaba en su hombro, con el mismo ademán tímido del pájaro que oculta el pico bajo el ala; sus piernas de diosa, que pretendía ocultar ruborosamente cuando él la probaba aquellas medias adquiridas en el Rastro; su vientre, antes de la deformación materna, con el gracioso hoyuelo umbilical que parecía gesticular cuando se conmovía con la agitación de la risa; la doble copa de alabastro de sus pechos, aquellas dos magnolias de amor..., todo había sido despedazado bajo el acero, sin piedad, sin misericordia.

¡Feli! ¡Feli!... ¿Qué pecado había cometido para que la fatalidad la privase hasta de la paz de la tumba?...

Maltrana lloraba ahora, sin miedo a que la gente se fijase en él.

Estaba en el campo. Al mirar en torno, vio a corta distancia el cementerio de San Martín. Sin darse cuenta había marchado instintivamente hacia aquellos lugares que presenciaron las primeras dichas de su amor.

Marchó, como en peregrinación, por la senda que aquella tarde precursora de su felicidad había seguido con Feli. Detenía como un devoto a saborear, en ciertos sitios, el religioso goce del recuerdo.

Cerca del Canalillo le faltaron las fuerzas. El recuerdo le aplastaba; también él iba a morir.

Isidro, tambaleándose como un herido, fue en busca de su abuela.

Zaratustra y la señora Eusebia le escucharon silenciosos, pero sin participar de su emoción. ¿Conque la chica del Mosco había muerto? Todo sea por Dios. Y el par de vejstorios replegábase en su egoísmo, sintiéndose más fuerte, más feliz, con la satisfacción de conservar su existencia, mientras la muerte ensañábase con la juventud.

Permaneció varios días en la cabaña de Zaratustra, complaciéndose en su suciedad, haciendo de esto una mortificación.

¡Ay, la conciencia! ¡La agobiadora pesadez del remordimiento! Ya no sentía dolor por la muerte de Feli. Lo que le avergonzaba era el abandono en que la había dejado; la cobardía de su floja voluntad, el egoísmo de no entristecerse viéndola enferma... ¡La pobre había muerto sola, en aquella cuadra blanca, rodeada de humanas bestias, que solo pensaban en ellas con el egoísmo del dolor, sin una mirada de cariño, sin una mano que estrechase la suya! ¡Y este crimen era ya irremediable! ¡Ay, si Feli pudiese resucitar, solo por un día, por una hora! Era su idea fija y tenaz.

Tardó dos semanas en volver a Madrid. Una mañana que entró en la villa, vio de lejos a Nogueras, camino de San Carlos, y sintió la necesidad de hablarle.

—Hombre, una cosa curiosísima —añadió—. ¿Recuerdas aquel día en que te dije que la muchacha había muerto? Pues no era verdad. Cuando llegué a San Carlos, después de mi viaje, me lo dijo el compañero. Fue un error suyo: la creyó muerta en un ataque, pero salió de él.

Maltrana abrió los ojos, quedó inmóvil de asombro, como si fuese a presenciar aquella resurrección con la que había soñado tantas veces, como si Feli surgiera ante él.

—¿Pero vive? —dijo temblando.

—No, hombre; murió, pero fue una semana después. Yo pensé avisarte, escribirte; pero ¿quién diablo adivina dónde vives, con esa vida que llevas? Murió, no lo dudes: ahora es de veras. Tú eres un espíritu superior, y ciertas preocupaciones no te conmueven. No dudes de que ha muerto. Yo vi su cadáver en una mesa de la clase de disección.

¡Ah, la Suerte! ¡La diosa malvada y caprichosa!... Hasta el último momento jugueteaba con él.

Maltrana atravesó el puente de Segovia, entrando después en la carretera de Extremadura.

Vestía de luto. El macferlán, la odiada librea de la miseria, ya no pendía de sus hombros. La suerte le trataba con menos rudeza al verle solo. Trabajaba, le admitían artículos en algunas revistas, le encargaban traducciones, vivía en una casa de huéspedes y ahorraba para pagar a la nodriza de su hijo. No conocía la abundancia, pero tampoco las angustias y estrecheces de antes. Era el bienestar que llegaba, ¡pero cuán tarde y qué insípido le parecía!

Siguió Maltrana una senda que conducía a una casucha en lo más alto de un montecillo. Era el cerro de los Corvos, y la casa, aquella tiendecita donde criaban a su hijo.

La mujer cosía a la puerta del establecimiento, bajo una parra seca, en una pequeña explanada, desde la cual dominábase toda la parte de Madrid que mira al río.

Al reconocerle la nodriza, se levantó apresuradamente. Quería sacar al pequeñuelo, que dormía después de una noche de insomnios y llantos.

Maltrana se opuso. Que durmiese; ya lo vería después: no tenía prisa.

Se sentó en un banco, ante una mesa de tablas desnudas, contemplando el magnífico panorama.

Vista desde allí la población, era monumental, soberbia. Pocas capitales de Europa parecían tan hermosas. Al frente, la enorme masa del Palacio Real, con sus pilastras salientes, cortando las negras filas de ventanas. A un lado, la colina del Príncipe Pío, coronada de cuarteles; al extremo opuesto, la cúpula de San Francisco el Grande y el Seminario. Arriba, el cielo sin una nube, límpido como si su azul lo hubieran lavado las últimas lluvias, con una diafanidad que absorbía y borraba instantáneamente el humo de las chimeneas.

Madrid, visto desde allí, parecía una capital portentosa, una imponente metrópoli.

Maltrana pensó en los traperos de Tetuán, en los obreros de los Cuatro Caminos y de Vallecas, en los mendigos y vagos de las Peñuelas y las Injurias, en los gitanos de las Cambroneras, en los ladrilleros sin trabajo del barrio que tenía delante, en todos los infelices que la orgullosa urbe expelía de su seno y acampaban a sus puertas, haciendo

una vida salvaje, subsistiendo con las artes y astucias del hombre primitivo, amontonándose en la promiscuidad de la miseria, procreando sobre el estiércol a los herederos de sus odios y los ejecutores de sus venganzas.

La capital, dominadora y triunfante, parecía abrumar el espacio con su pesada grandeza. Reías, destacándose sobre el azul del cielo, con el temblor de las grandes vidrieras de sus palacios, heridas por el sol, con la blancura de sus muros, con el verde rumoroso de sus jardines, con la esbeltez de las torres de sus iglesias. No veía la muchedumbre famélica esparcida a sus pies, la horda que se alimentaba con sus despojos y suciedades, el cinturón de estiércol viviente, de podredumbre dolorida.

Era hermosa y sin piedad. Arrojava la miseria lejos de ella, negando su existencia. Si alguna vez pensaba en los infelices, era para levantar en sus afueras monasterios, donde las imágenes de palo estaban mejor cuidadas que los hijos de Dios de carne y hueso: conventos de monstruosa grandeza, cuyas campanas tocaban y tocaban en el vacío, sin que nadie las oyese. Los pobres, los desesperados, no entendían su lenguaje: adivinaban lo falso de su sonido. Tocaban para otros: no eran llamamientos de amor; eran bufidos de vanidad.

Alguna vez la horda dejaría de permanecer inmóvil. Los que entraban en Madrid al amanecer, se presentarían a mediodía. Ya no aceptarían los despojos; pedirían su parte; no tenderían la mano; exigirían con altivez.

Oyó un vagido a sus espaldas y la voz de la tendera.

—¡Al papá, Isidrito!, ¡al papá! Hazle manos: ¡salúdale!

Quedó sobre sus rodillas aquel paquete de grasa infantil, en el que se manchaban apenas los ojos como dos gotitas negras.

¡Ser padre! ¡Contemplar una prolongación de su vida, un desdoble de su personalidad, un testimonio de la propia existencia que años después de morir él afirmarían el paso por el mundo de un hombre llamado Maltrana!...

A vivir: toda su vida la tenía en sus brazos. El calor de este cuerpecillo le infundía una resolución egoísta y brutal. Al coger a su hijo sentíase fuerte. Era como un arma que le daba confianza y valor para seguir su marcha.

Lo que no habían logrado la miseria y el triste destino de Feli, lo conseguía aquel chiquitín con solo su contacto. Caía hecha polvo la herrumbre de su voluntad. Era otro hombre; su audacia consideraba con desprecio todos los obstáculos.

Sentíase capaz de robar, de matar, por su hijo.

Su suerte estaba echada. Se revolvería en la abyección, paladearía su envilecimiento, se vendería como esclavo para que su hijo fuese libre.

Y mirándose en aquellos ojitos, bobos, sin expresión, que le contemplaban fijamente, Maltrana decía a su hijo con el pensamiento:

—Llegarás, chiquitín. Yo marcharé a gatas delante de ti; abriré con mi lengua un camino en el barro, para que avances sin ensuciarte. No temas que caiga desalentado, que vuelva a sentirme cobarde y te abandone como a la pobre mártir. Este amor que ahora nace es de hierro. Ya soy otro. Soy... tu padre.